CUADERNOS historia 16

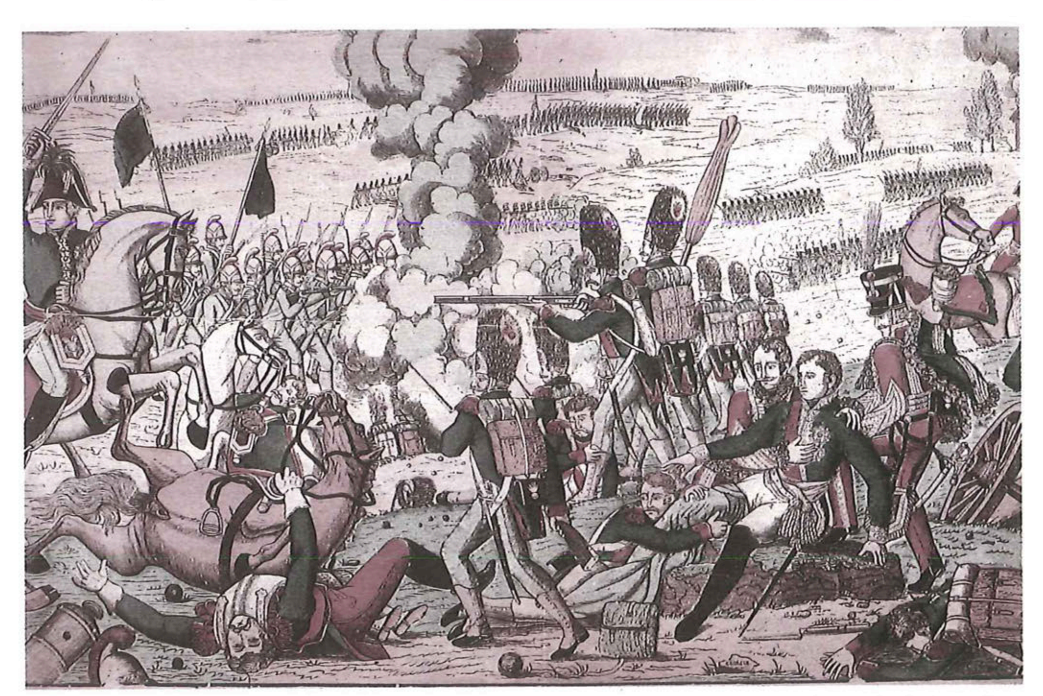
Napoleón Bonaparte (y 2)

Carmen Llorca



150

175 ptas



Batalla de Esling: muerte del duque de Montebello, el 22 de mayo de 1809 (xilografía de Epinal)

Indice

NAPOLEON (y 2)
Por Carmen Llorca
Historiadora.

Napoleón Bonaparte (y 2)

Carmen Llorca
Historiadora

SI la Revolución, para defenderse del cerco de Europa ante la aparición de un régimen que suponía un peligro para las antiguas monarquías, ha tenido que utilizar permanentemente la guerra (1) es igualmente evidente que el Imperio de Napoleón, heredero de la Revolución, tendrá que utilizar el mismo procedimiento para mantenerse.

Las revoluciones son inseparables de las guerras o, por lo menos (2), ofrecen un camino para alcanzar el poder cuando éste se encuentra debidamente ablandado por los efectos bélicos, pero también un Imperio es inseparable de la guerra si, como en el caso de Napoleón, no sólo suponía la continuidad de la Revolución sino que traía en sus manos una nueva dinastía para sustituir a todos los monarcas que quedaban en Europa.

Thiers se explica: *Lo que se puede decir de ella* (la Revolución) *es que después de haber tomado todos los aspectos, monárquica, republicana, democrática, tomaba al fin el carácter militar (Napoleón), porque en medio de aquella lucha perpetua con Europa debía constituirse de una forma sólida y fuerte. Los republicanos lamentaban tantos esfuerzos infructuosos, tanta sangre inútilmente vertida para fundar la libertad en Francia, y deploraban el verla inmolada por uno de los héroes nacidos de ella. Engañábales en esto el sentimiento más noble. La revolución que debía darnos la libertad y que todo lo preparó para que la tuviéramos un día, no era ni debía ser la misma libertad. Debía ser una gran lucha contra el antiguo orden de cosas. Después de haberla vencido en Francia, debía vencerla en Europa. Pero una lucha tan violenta no admitía las formas ni el espíritu de la libertad.*

Y aún añade, refiriéndose a Napoleón después del golpe Brumario: *No era la libertad lo que iba a continuar, porque la libertad no podía existir todavía; iba, bajo las formas monárquicas, a continuar la revolución en el mundo; iba a continuarla al sentarse en el trono a pesar de su origen plebeyo, al traer el Pontífice a París para que vertiera el aceite sagrado sobre una frente plebeya, creando una aristocracia con plebeyos, obligando a que la antigua aristocracia se asociara a su aristocracia plebeya, haciendo reyes con plebeyos, al recibir, en fin, en su lecho a la hija de los Césares y al mezclar sangre plebeya con una de las sangres más viejas de Europa; mezclando al fin todos los pueblos y fundiendo las leyes francesas en Alemania, en Italia, en España; lanzando mentis a tantos prodigios, derribando, confundiendo tantas cosas. Esta es la inmen-*



Napoleón Bonaparte en la batalla de Eylau (por J. A. Gross, Museo de Versalles)

sa tarea que iba a cumplir, y entretanto la nueva sociedad iba a consolidarse al abrigo de su espada, y debía llegar el día en que apareciera la libertad (3).

La guerra es pues el único medio que le queda a Napoleón, y la *Grande Armée* el instrumento que utiliza para mantener la estructura política, social y económica de su Imperio y para hacer de Francia la nación que debía gobernar a Europa.

Por ello debe batirse frente a todos los países que representan el antiguo régimen, en cuanto heredero de la Revolución Francesa, y contra Inglaterra, secular enemiga de Francia en materia de política exterior.

La guerra como *dilema disuasivo* es una de



las armas que ofrece más fácilmente el peligro de extinción de la humanidad y a cada generación le presenta el drama de los muertos, desaparecidos o mutilados.

La guerra —expone un teórico militar— *dejó de ser humana en la batalla de Crécy, en agosto de 1346, cuando por primera vez los ingleses utilizaron la artillería en un campo de batalla.*

Y la artillería era el arma fundamental en las guerras de Napoleón. Organizó su ejército sobre la base de la misma y su primera verdadera victoria, la de Tolón, la consiguió gracias a la artillería.

Como todo gran profesional militar no amaba precisamente la utilización de la guerra para imponer su política, pero se veía obligado a ella porque no podía conseguir el establecimiento de sus ideas si no era por este procedimiento. Decía con frecuencia respecto a Europa: *Europa es una provincia del mundo y una guerra entre europeos es una guerra civil. Corresponde al pueblo más esclarecido, más humano, recordar a las naciones civilizadas de Europa que no forman sino una familia y que los esfuerzos que emplean en sus disensiones civiles alcanzan a la prosperidad común* (4).

El sentimiento de rechazo de la guerra es bastante común entre los grandes militares. El mariscal Montgomery, en *El Arte de la guerra,* escribe: *Cuando procedí a descubrir el monumento de El Alamein en el desierto occidental de Egipto, en octubre de 1954, y contemplé la escena, filas y más filas de cruces, cada una de ellas representando una vida querida para alguien que estaba en la patria, no pude menos de pensar que no hay mérito en la pérdida innecesaria de una vida humana; que, en verdad, sólo hay vergüenza y demencia. Las vidas de sus hombres deben ser preciosas para todo comandante empeñado en una batalla; no deben arriesgarse sin causa, ni recurrir a ellas cuando otros medios servirían.*

Napoleón economiza ciertamente las vidas de sus soldados y su estrategia militar es de absoluta perfección y de gran audacia (5). Su célebre expresión: *Mi talento es ver claro,* cuya réplica —aunque de distinta significación— podría encontrarse en la de Hitler, *Mi talento es simplificar,* es la revelación de sus conocimientos y de su inteligencia armoniosa y a la vez rápida, certera, exacta, como las matemáticas.

Hegel, cuando ve pasar a Napoleón en Jena, propone un concepto: que una misma organización fije el reino de los espíritus y el imperio del mundo. Ese imperio, aun sin nombrarlo, debía estar bajo el mando de Napoleón. No se pensaba en Francia, sino en el hombre en cuya mente también se estaba forjando esa misma idea (6).

André Glucksmann, en *El discurso de la guerra,* recuerda cómo, además de Hegel, que considera que Napoleón es un bien para Alemania, no es el único en concederle palmas filosóficas sino el mismo Marx en su juventud, cuando escribió que *Napoleón comprendía ya la naturaleza del Estado moderno; se daba cuenta de que estaba fundado sobre el libre desenvolvimiento de la sociedad burguesa, sobre el libre juego de los intereses particulares,... Decidió reconocer este fundamento y protegerlo. No era un terrorista soñador... Practicó el terrorismo reemplazando la revolución permanente por la guerra permanente...*

Con mayor entusiasmo hacia Napoleón y su obra, con la valoración de sus empresas militares para alcanzar su gran realización política, Nietzsche, entrará en esta interpretación para decir: *Es a Napoleón (y de ninguna manera a la Revolución Francesa que apuntaba a la* fraternidad *de los pueblos y a universales efusiones floridas) a quien se debe el poder esperar en adelante una sucesión de siglos belicosos, sin precedentes en la historia, en una palabra, el haber entrado en la* era clásica de la guerra, *de la guerra a la vez culta y popular de la más vasta envergadura (en cuanto a los medios, a los talentos, a la disciplina), período que todos los milenios por venir considerarán retrospectivamente con envidia y respeto como un fragmento de perfección... él quería una sola Europa, como se sabe, y esto en tanto dueña de la tierra (*El Gay Saber).

Todavía dos opiniones ocasionales sobre Napoleón en materia de la guerra. La de Tegner, poeta sueco, no podía sustraerse a la admiración por el héroe *cuyas grandiosas hazañas están inscritas entre las sublimes estrellas.*

La de Leon Bloy, quien aseguraba, convencido, que: *No concibo el paraíso sin mi Emperador.*

La Grande Armée

Napoleón despertaba la emoción que se siente ante el héroe, especialmente en aquellos que creen en los héroes.

Un Imperio como el de Napoleón, que descansaba en la fuerza de las armas, tenía que

General de brigada del ejército napoleónico, encomendando una misión a un húsar



contar con una estructura militar capaz de hacer frente a todas las alianzas que se formaron constantemente contra el mismo.

El ejército de la Revolución, que ya tuvo que hacer frente a una Europa movilizada, estaba compuesto por tres elementos fundamentales: los cuerpos de ordenanza constituidos por regimientos procedentes del antiguo régimen, los batallones de la guardia nacional y los cuerpos de voluntarios. La falta de homogeneidad de estas fuerzas quedó subsanada por la ley de febrero de 1793, en virtud de la cual se crearon semibrigadas, formadas por militares procedentes de las tres categorías mencionadas.

Esta disposición constituía el primer paso para la formación de un ejército unitario y con espíritu de cuerpo, que fue fundamental durante el Consulado y el Imperio.

Durante el Directorio, la *ley Jourdan* de 1798 imponía el servicio militar obligatorio, si bien admitía que, mediante el pago de una cuota, se pudiera eximir del servicio.

Se obligaba a asumir el servicio a todos los ciudadanos comprendidos entre los 20 y 25 años y si el número de los llamados excedía de las necesidades militares, cosa rara en tiempos del Imperio, iban a prestar servicio en la Guardia Nacional.

Una de las modificaciones más eficaces introducidas por Napoleón es la división, aunque en teoría ya existía desde 1760, en que fue establecida por el mariscal Broglie. En todo caso, la novedad aportada por Napoleón es que una división está compuesta por infantería, caballería y artillería, de tal manera que constituye un pequeño ejército que puede actuar con



Entrada del ejército francés en Viena, 1805. Derecha: *Napoleón Bonaparte (por Andrea Appiani, Museo Británico, Londres)*

autonomía en cualquier circunstancia. Napoleón establece en 1803 la creación de cuerpos de ejército compuestos como mínimo de dos divisiones y como máximo de cuatro. A los comandantes de estos cuerpos les dejaba la libertad de organizar el adiestramiento y la disciplina. Cada uno de estos cuerpos comprendía entre 20.000 y 35.000 hombres.

En 1803, Napoleón preparaba la hipotética invasión de Inglaterra, y dio a su ejército la denominación de *Grande Armée*. Después ya figuró para designar el invencible ejército napoleónico.

Como jefe supremo del ejército figuraba el emperador. Desde 1800 a 1807 el cargo de ministro de la Guerra y de jefe del Estado Mayor recaía en una misma persona, el mariscal Berthier. Después separó los dos cargos de un mismo mando único.

La artillería, cuerpo al que pertenecía Napoleón, figuraba como el soporte fundamental de su ejército. Su rapidez de disparo era de dos por minuto y se alcanzaban distancias de mil metros, y con la metralla los 600. Cada división constaba de diez a doce piezas de artillería. *La Grande Armée* disponía, en 1807, de 270 piezas y en 1813 de 1.100. En 1815 la proporción entre hombres y cañones era de 1.000 por tres.

La infantería napoleónica estaba encuadrada en la media brigada hasta 1807, en que Napoleón impuso de nuevo el regimiento compuesto por cinco batallones como máximo y con un total de mil hombres. A la infantería pertenecían cuerpos especializados de cazadores, granaderos, carabineros, legiones de frontera y legiones de costa. Su arma era





el fusil, definido por Napoleón como *la mejor máquina de guerra inventada por el hombre,* cuyo tiro alcanzaba los 600 metros. La rapidez era la característica de la infantería napoleónica, sólo posible porque el equipo de cada soldado no pesaba más de 25 kilogramos y debía contener lo esencial para sus necesidades y alimentos que le permitieran sobrevivir durante cuatro días.

El ejército de Napoleón no dispone de tiendas de campaña; vive en las ciudades que conquista o atraviesa: no transporta los avituallamientos de comida, lo que le permite moverse con toda rapidez por los territorios europeos que Napoleón conoce perfectamente, aunque esto le produce graves cataclismos cuando se interna en territorios no fáciles para repostar sus tropas.

La caballería de los ejércitos imperiales alcanza su máxima fuerza en 1805, en que comprende 75.000 hombres divididos en 78 regimientos. En 1803 Napoleón crea doce regimientos de coraceros, que constituyen la mejor selección de sus tropas.

La caballería de Napoleón desapareció prácticamente durante la campaña de Rusia, a causa de la muerte de la mayor parte de los animales y la dificultad en reponerlos. Fue el más duro golpe dado al ejército francés.

Napoleón había hecho del mismo un arma tan poderosa como para hacer frente a todos los ejércitos de Europa reunidos. Y había establecido un vínculo de unión entre el jefe y el soldado fundado en el afecto, en la común participación en las empresas imperiales, en la fácil comunicación con sus tropas por medio de las famosas proclamas, en la posibilidad que todo soldado y oficial veían de promocionarse por su valor y en el mismo campo de batalla por una decisión imperial.

Entre los generales de Napoleón, Desaix y Kléber eran considerados por el emperador

como los más completos, los únicos capaces de *combinar una operación y llevarla a término en todos sus detalles.* Curiosamente los dos murieron el mismo día, aunque a una distancia de miles de kilómetros. El 14 de junio de 1800, en la batalla de Marengo, cuando todo estaba perdido para Napoleón, la aparición de Desaix cambió la situación hasta el punto de convertir en victoria una segura derrota. Desaix muere en el campo de batalla. El general Kléber, a quien Napoleón había confiado el ejército de la expedición a Egipto, cuando lo abandona para regresar a Europa, es asesinado por un fanático musulmán el mismo día en que moría Desaix. Con ellos perdía Napoleón a dos de sus mejores generales, que le habían acompañado en una de sus más disparatadas empresas: la expedición a Egipto.

El mariscal Berthier era el jefe de Estado Mayor ideal, no le creaba problemas; Massena, que tuvo gran éxito en Suiza, no obtuvo del emperador ningún encargo que significase iniciativa o independencia; Bernadotte era un conspirador permanente y sus intervenciones en 1805 y 1806, muy discutibles (7); Soult, calificado en Austerlitz como *el mejor jefe de maniobras de Europa,* tuvo a su cargo la retirada del ejército de España; Lannes fue de los más queridos por Napoleón por su golpe de vista, la rapidez de sus reacciones, su bravura; Moreau, con la estrategia de Napoleón, serviría a los aliados en 1813 y contribuiría tanto a su derrota en Dresde, batalla en la que murió; Junot, que también le acompañó a Egipto, donde le hizo la confidencia de que su esposa Josefina le traicionaba en París, lo que aceleró el regreso de Napoleón a Francia y le costó a aquél el bastón de mariscal; su cuñado Murat, al frente de la caballería, a quien haría rey de Napoles; Massena y tantos otros que constituyen un gran friso de guerreros movilizados en torno a la idea del Imperio, defendida y sostenida por un solo hombre, Napoleón, que comunicaba a sus seguidores su propia fe en la fuerza de su ejército. Pero, si le siguieron en sus luchas, también le abandonaron algunos en los momentos delicados. Conocedor de los hombres, el emperador desconfiaba de todos, y Marmont recuerda *la voluntad enérgica de Napoleón de cerrar los ojos a la realidad.*

Estos hombres de la Revolución que Napoleón había incorporado al Imperio estaban dotados de una capacidad especial en la audacia del ataque. Carnot, diputado en la Convención y miembro del Comité de Salud Pública, que asumió con Dubois-Crancé la misión de organizar la defensa nacional, decía a los jóvenes generales de la Revolución, antiguos oficiales del viejo régimen: *Atacad al enemigo todos los días, mañana y tarde. Sed de los que atacan, atacad sin cesar* (8).

Las guerras sostenidas por la Revolución hicieron cambiar tanto la estrategia militar como la táctica. *El ejército improvisado estaba dirigido por generales improvisados,* dice un historiador. Al igual que Bonaparte, los jóvenes suboficiales del ejército real se convierten en generales: Hoche, Jourdan, Pichegru, Massena, Moreau. En menos de cinco años la mayoría de ellos pasó de tenientes a generales. No tuvieron tiempo de hacer una guerra metódica, lenta y con maniobras prudentes. Hicieron una guerra con el furor y la fuerza de la juventud, prescindieron de los sitios en las ciudades y su estrategia era dividir al ejército enemigo, buscando sobre todo la batalla. En 1793, escribía Hoche: *Coloquémonos con fuerza en el centro de los ejércitos enemigos. Más fuertes reunidos que separados, nosotros iremos desde el ejército que hayamos vencido hasta el que vayamos a vencer.* Esta fue la estrategia y la táctica que Napoleón aplica tres años más tarde en su primera campaña de Italia.

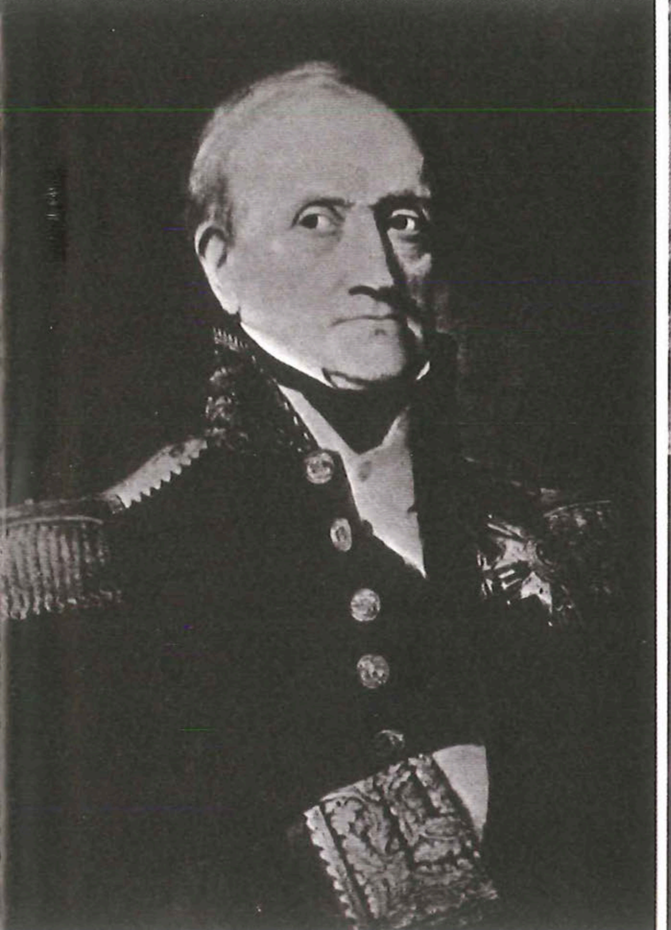
La mayor novedad en el ejército imperial de Napoleón con respecto al ejército revolucionario fue que si éste estaba integrado por soldados franceses, con un escaso margen de años el ejército imperial se transformó en un auténtico ejército europeo, integrado por contingentes de Estados vasallos, con regimientos de italianos, napolitanos, holandeses y otras presencias procedentes de la Confederación del Rhin. En vísperas de la campaña de Rusia los soldados extranjeros constituían la mitad del ejército de Napoleón.

Las siete coaliciones

Los soldados sentían hacia el emperador una devoción fanática. Y Napoleón la recompensaba por medio de ascensos, condecoraciones y hasta por la familiaridad que les permitía. Los soldados de la vieja guardia le tuteaban y le llamaban *le petit caporal.* Napoleón conocía a muchos por su nombre, les hacía reunir y compartía con ellos comida y fatigas, y ello explica los sacrificios realizados y el recuerdo después de su exilio.

Primera coalición, 1793-1797. El 20 de abril de 1792 Francia declara la guerra a Austria,

Cuatro de los jefes de Napoleón. De izquierda a derecha y de arriba a abajo: *mariscal Lannes, general Lasalle, mariscal Soult y mariscal Víctor*





aliada de Prusia. El ejército de la Revolución triunfa en Valmy, el 20 de septiembre de 1792, y en Jemappes el 6 de noviembre del mismo año. Bélgica es ocupada. La ejecución de Luis XVI el 21 de enero de 1793 determina a Inglaterra, Holanda, España, reino de Cerdeña, de Nápoles y Portugal a unirse con Austria y Prusia contra Francia. Los ejércitos franceses conquistan Holanda. El 5 de abril de 1795 Francia firma la paz de Basilea con Prusia, que abandona así la coalición. Napoleón realiza su primera campaña de Italia en 1796 y después de sus primeras victorias en Montenotte, Dego, Milesimo y Mondovi firma con el rey de Cerdeña el armisticio de Cherasco el 28 de abril de 1796 separando a este reino de la coalición con Austria. La continuación de la guerra contra este país, la sigue con los triunfos de Arcole, Rívoli y Mantua, con lo que se llega a los preliminares de Leoben y a continuación al tratado de Campo Formio, 17 de octubre de 1797, y posteriormente al congreso de Rastadt en 1797-1799.

Segunda coalición, 1799-1802. Se unen contra Francia, Austria, Rusia, Inglaterra, Nápoles y Turquía. Prusia permanece neutral. Los franceses conquistan Nápoles y Napoleón realiza su segunda campaña de Italia y triunfa sobre los austriacos en Marengo (14 de junio de 1800). La paz de Luneville, el 9 de febrero de 1801, con Austria y la de Amiens con Inglaterra, el 25 de marzo de 1802, ponen fin a la coalición. Es la primera vez que se firma la paz con Inglaterra y la última hasta la abdicación de Napoleón.

Tercera coalición, 1805. Inglaterra, Austria, Rusia, Suecia y Nápoles se unen contra Francia, España y los Estados meridionales de Alemania. Prusia permanece neutral. Napoleón sufre la derrota de Trafalgar, pero obtiene las victorias de Ulm y de Austerlitz, 2 de diciembre de 1805. Conquista Viena y firma la paz de Presburgo, el 26 de diciembre.

Cuarta coalición, 1806-1807. Prusia y Rusia contra Francia. Napoleón, triunfa en Jena y Auerstadt contra Prusia, y en Eylay y Friedland contra Rusia. Firma el 7 de julio de 1807 la paz de Tilsit con Rusia, y el día 9 con Prusia.

Quinta coalición, 1809. Francia se encontraba en guerra contra España desde 1808, y Austria aprovechó los reveses de Napoleón en aquel país para declararle la guerra. Aunque sufre una derrota en Aspern, un suburbio de Viena, triunfa en Wagram el 5 de julio, y firma el 14 de octubre de 1809 la paz de Schönbrunn.

Sexta coalición, 1813-1814. Prusia, Rusia, Inglaterra, Austria y Suecia contra Francia. Tiene lugar la campaña de Rusia. El 16-18 de octubre de 1813 sufre Napoleón la derrota de Leipzig. El 31 de marzo de 1814 los aliados entran en París. Napoleón abdica en Fontainebleau y es confinado en la isla de Elba. Los Borbones ocupan otra vez el trono de Francia. La paz de París, establecida el 30 de mayo de 1814, reduce a Francia a sus fronteras de 1792.

Séptima coalición, 1815. Corresponde al fin de los Cien Días y es una continuación de la anterior, hasta el punto que muchos consideran que no existen, en realidad, más que seis coaliciones.

El 18 de junio de 1814 Napoleón es vencido en Waterloo. La segunda paz de París, 30 de noviembre de 1815, le quita a Francia la Saboya y le impone la ocupación por un ejército de 150.000 hombres.

Las reglas del arte militar en Napoleón

La herencia que ha recibido y asumido Napoleón, en cuanto a los comportamientos del ejército revolucionario, no ha hecho más que perfeccionarla, convencido de que era totalmente útil para las guerras que debía emprender.

Por tanto, la audacia, la rapidez, las maniobras envolventes, dividir los ejércitos enemigos, perseguir al enemigo una vez terminada la batalla para exterminar a las fuerzas dispersas, mantener el secreto de las operaciones a realizar hasta el mismo instante de entrar en acción, constituyen los principios esenciales que definen sus actuaciones y que le dan las mayores glorias militares.

La guerra es un arte simple, y todo consiste en la ejecución. Esta sólo es posible con el perfecto conocimiento del campo de batalla que Napoleón estudia con todo detenimiento, y elige el punto adonde se debe llevar al ejército enemigo para vencerlo mejor (9).

Cuando se le encomienda su primera campaña de importancia, la de Italia, Carnot le dice: *No hay dinero... Encuentre el medio de pasar sin él o de encontrarlo... La abundancia está detrás de toda puerta que se abate.* Y le da un consejo: *Separar a los austriacos de los piamonteses; obligar al rey de Cerdeña a fir-*

Napoleón, con el traje de la coronación de emperador (por François Gérard, Museo de Fontainebleau)



mar la paz con Francia y atacar a los milaneses con energía.

La consciencia de lo que puede hacer y el valor de hacerlo en su debido momento es lo que se ha llamado en la forma de actuar de Napoleón *los riesgos calculados.* Sólo su inteligencia y el conocimiento de la situación le permitían salir con éxito de estos riesgos. Y la suerte. Los conocidos episodios de Tolón, el puente de Arcole, San Juan de Acre, Ratisbona, Moskowa o Montmirail, son ejemplos que lo confirman.

Y de otro lado la fascinación sobre sus soldados y hasta el magnetismo que se traducía en influencia sobre sus generales, junto a la disciplina eficaz y aplicada, según su criterio, en cada circunstancia.

El arte de la guerra consiste —decía Napoleón— *en, con un ejército inferior, reunir siempre fuerzas superiores a las del enemigo en el punto de ataque; pero este arte no se aprende ni en los libros, ni por la experiencia. Es una forma de conducta que constituye el genio de la guerra.* Y Napoleón poseía este genio.

Se dice que para saber mandar ha sido necesario saber obedecer. Yo creo que quien ha obedecido durante cuarenta años carece de la capacidad de mando, insistía Napoleón.

Un ejército no es nada, más que por la cabeza. La de Napoleón.

Las grandes batallas

La aplicación de estos principios que forman la estrategia y la táctica napoleónica se puso de manifiesto en las batallas que constituyen la gloria militar de Napoleón: el sitio de Tolón; en la primera campaña de Italia, las batallas de Arcole y Rívoli; la de Aboukir, en la expedición de Egipto (10), Marengo, en la se-





gunda campaña de Italia; Austerlitz, durante la tercera coalición; Jena, en la cuarta coalición; Wagram, en la quinta. La campaña de Rusia, Leipzig y Waterloo, están en la columna de las derrotas de Napoleón, incluida la de Bailén, en España, aunque todas ellas formen parte de los nombres históricos que acompañaron los días del más sorprendente Imperio.

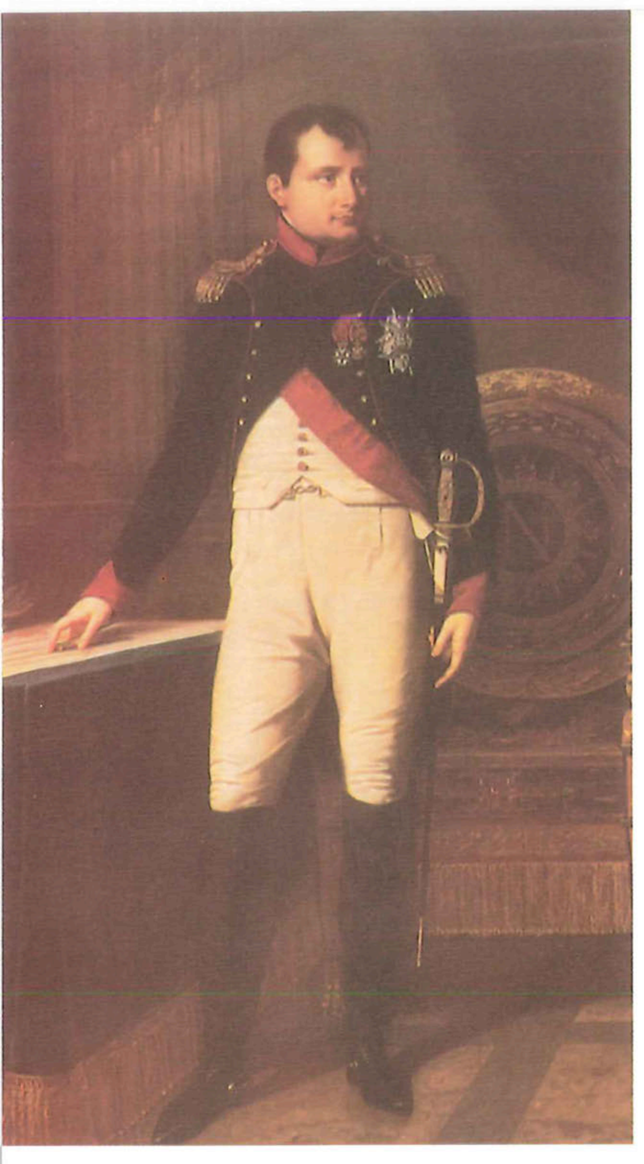
Italia en 1796

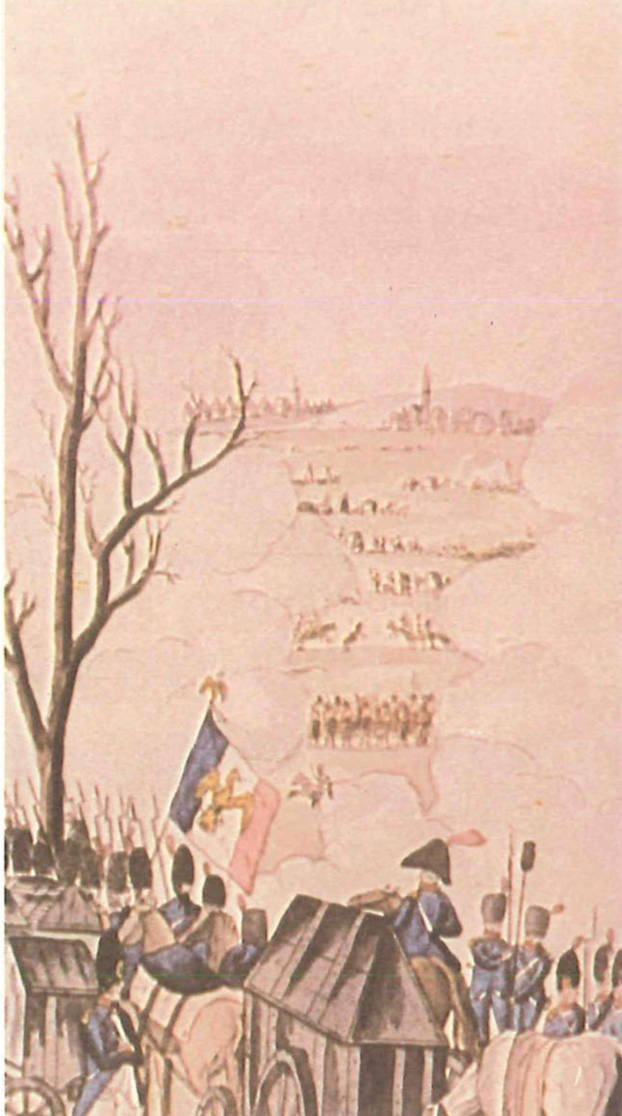
Independientemente del triunfo en Tolón, que señala el comienzo de su carrera y la reducción a la clara sencillez en la interpretación de un problema, las dos acciones más perfectas y completas en la vida militar de Napoleón son la campaña de Italia y la batalla de Austerlitz.

El ejército del que se hace cargo Napoleón para luchar contra Austria desde el norte de Italia está compuesto por 36.000 hombres, acerca de cuyo estado ya nos hemos referido. Frente al mismo se encuentran 37.000 austriacos y 26.000 piamonteses, los primeros al mando del viejo general Beaulieu, y los segundos mandados por el general Colli. Maniobrando con toda rapidez y habilidad consigue Napoleón engañar al enemigo sobre el camino elegido y derrota bien pronto a Colli en la batalla de Millesimo y al general austriaco D'Argentau en la de Montenotte, después de lo cual se lanza en Dego contra Beaulieu, y consigue separar a los dos ejércitos aliados. Un mes después de haberse iniciado las hostilidades consigue Napoleón firmar con los piamonteses el armisticio de Cherasco, y ob-

Izquierda: *Napoleón en 1807*. Derecha: *las tropas francesas, con Napoleón al frente, atraviesan el puente de Arcole, 1796 (grabado popular francés, siglo XIX)*







Napoleón Bonaparte en 1809 (por Robert Lefévre, Museo Carnavalet, París). Batalla de Austerlitz, el 2 de diciembre de 1805)

tiene paso libre por el Piamonte para su ejército, el abastecimiento del mismo y la entrega de varias plazas fuertes.

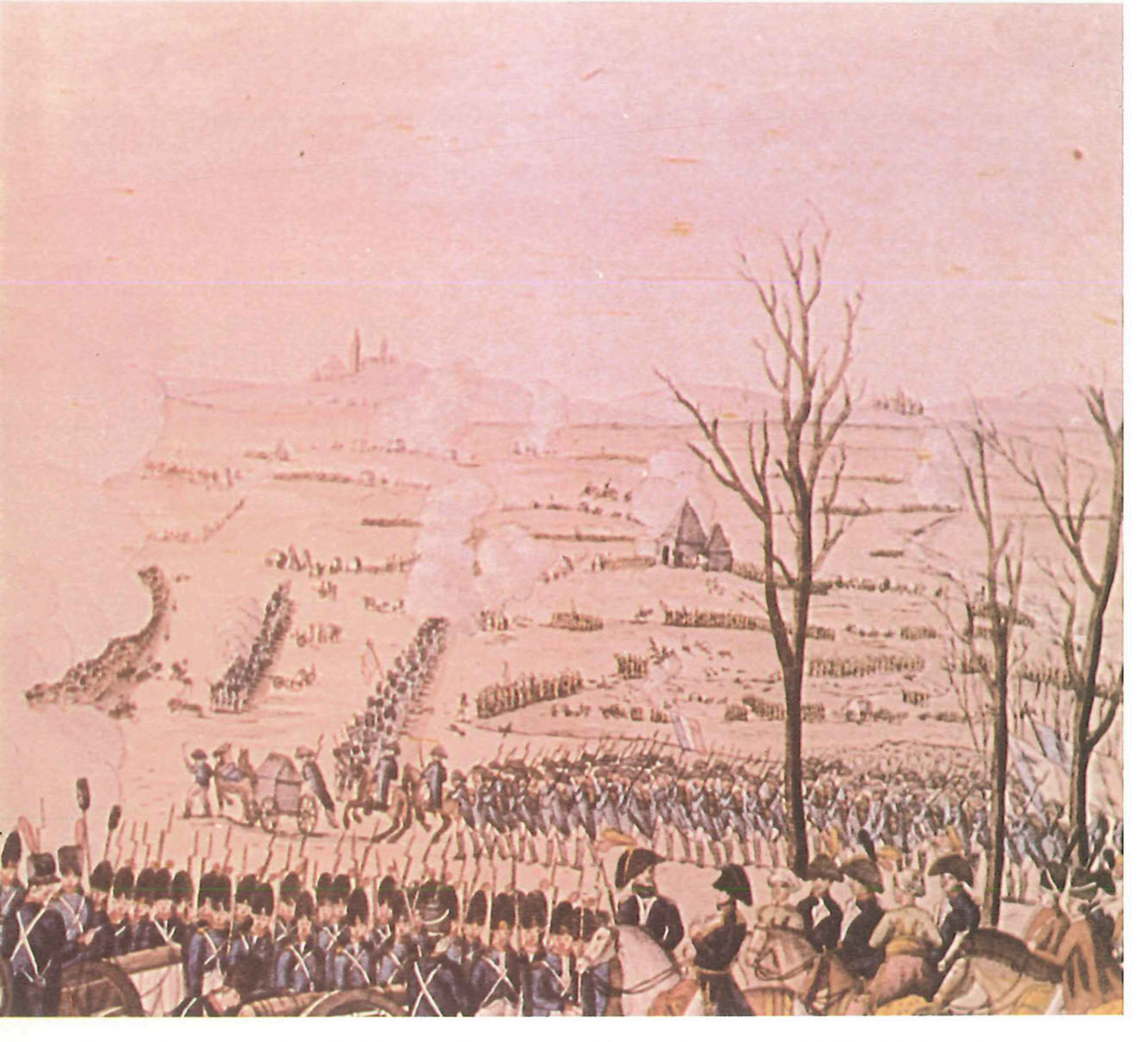
Una cláusula secreta del armisticio obligaba a los piamonteses a dejar pasar al ejército de Napoleón por el Po cerca de Valenza. Convencido el emperador de que esta cláusula la conocerá Beaulieu de inmediato, como así sucede, mientras el general austriaco se dirige hacia Valenza, atraviesa el Po por Piacenza, con lo que tiene libre el acceso a Milán.

Napoleón no respeta la neutralidad del duque de Parma y entra por sus tierras, le obliga a entregar 1.700 caballos para su ejército y la *Madonna* del Correggio. El duque le ofrece un millón si no se lleva la *Madonna,* y Napoleón les explica a sus soldados: *Encontraremos muchos otros millones, pero esta obra maestra embellecerá nuestra patria.*

El general Bonaparte envía al Directorio banderas, cuadros expoliados, riquezas, joyas, dinero.

El 14 de mayo entra en Milán, donde es recibido con entusiasmo. Se mezcla este sentimiento a la esperanza de la unidad italiana y su liberación de los austriacos. Nada de esto sucede y esta alegría se cambia pronto en desesperanza. El duque de Módena, al igual que el de Parma, debe pagar a Napoleón por su paz diez millones, caballos, obras de arte, avituallamiento para sus tropas.

La república de Venecia actúa con desacierto y proclama la neutralidad, por lo que es invadida por los dos ejércitos, y el 28 de mayo



Napoleón se apodera de Verona. Tras esta derrota, Beaulieu es sustituido por el general Wurmser.

Se dirige después Napoleón, para satisfacer al Directorio, hacia los Estados Pontificios y ocupa Ferrara, Bolonia, Faenza, Rávena e Imola. La Santa Sede pide una tregua y entrega a Napoleón la soberanía sobre las Legaciones, la Romagna, 20 millones y 500 códices de la Biblioteca Vaticana, además de numerosas obras de arte. Puede decirse que después de esta campaña de Italia, Napoleón no ha hecho la menor concesión a la tierra de sus antepasados, y prácticamente ha comprado la nacionalidad francesa con el dinero de sus connacionales.

Mientras Napoleón realiza esta campaña por territorios de la Santa Sede, el general Wurmser ocupa Mantua. Ha reunido un ejército de 70.000 hombres, a los que Napoleón sólo puede oponer 40.000 soldados. Regresa al norte Napoleón y se enfrenta a los austriacos en Lonato y Castiglione, con lo que obliga a Wurmser a tomar el camino del Tirol.

Napoleón, después de estas acciones, es verdaderamente dueño de Italia y hasta el rey de Nápoles estipula un tratado de paz con la República Francesa, por el que se obliga a pagar ocho millones de indemnización. Y como quiera que la Santa Sede, confiando en la ayuda de Wurmser, no ha cumplido el pacto con Napoleón, éste marcha contra las tropas papales que pronto se rinden.

Napoleón comienza en Italia a actuar no como general sino como gobernante, y pone las bases de una posible Confederación Cispadana con los ducados de Parma y Módena, y adopta una bandera tricolor, blanco, rojo y verde, que será la futura bandera italiana.

Los austriacos no se dan por vencidos y

descienden con un ejército por el Tirol. En el enfrentamiento tiene lugar la más sangrienta batalla de la contienda, la de Arcole, sobre cuyo puente Napoleón está a punto de perder la vida, y sólo la salva porque el ayudante Muiron, que lo protege, muere por él.

Esta victoria hace delirar a los franceses de alegría y al Directorio de admiración y de preocupación por aquel hombre nuevo. Napoleón establece su corte en Milán y hace que Josefina le acompañe en lo que será su primer gobierno y mando civil.

Todavía Austria no se rinde y a Wurmser le sustituye el archiduque Carlos, a quien Bonaparte vence en la batalla de Tagliamento, avanzando luego hacia Viena. Es entonces cuando Napoleón tiene el gesto de escribir al archiduque, *de soldado a soldado,* y se inician las negociaciones que finalizan en la paz de Leoben, el 7 de abril de 1797. Por ella Austria pierde Bélgica, Holanda y la Lombardía, pero le compensa con la entrega de las tierras de la Serenísima República de Venecia, a la que le deja solamente su capital. Una insurrección en Verona hace que cuando se firme la paz de Campo Formio, para castigar más a la Serenísima, otorgue a Austria la ciudad de Venecia, con lo que pone fin a la República de los Dux. Crea Napoleón la República Cisalpina a la que une la República Cispadana y las ciudades de Bérgamo, Brescia y Cremona, junto a las islas jónicas, que son entregadas a Francia.

Toda esperanza de lograr Italia su unidad y su libertad se desvanece. Al igual que hará más tarde con el Sacro Imperio Romano Germánico, que destruirá en la paz de Presburgo, Napoleón ha puesto fin a la República de Venecia, la de los Dux, que duraba desde hacía diez siglos.

Tan clamorosos triunfos son seguidos con atención por el hombre a quien Napoleón hará más tarde su ministro de Exteriores, Talleyrand, que ejerce dicho cargo en el Directorio. Talleyrand piensa de Napoleón: *Este joven general tiene talento para desempeñar un gran papel, no sólo en el campo de batalla, sino también en el gobierno de un Estado; en consecuencia, conviene tratarlo con el mayor miramiento.* Después de la paz de Campo Formio escribe: *He aquí una victoria a lo Bonaparte. El Directorio está contento, el público exultante; ¡todo va bien!*

Pero Napoleón se cansa en Italia, en donde piensa que no tiene ya nada que hacer. Retorna a Francia y prepara la expedición a Egipto, con la ayuda de Talleyrand. Cuando regrese de esta disparatada expedición, triunfará en su país después del golpe de Brumario, lo que llevará al gobierno del Consulado y después al Imperio.

Austerlitz

La campaña de Italia significa un punto sin retorno en la vida militar de Napoleón, tras la cual parece que todo le está permitido, incluso ser emperador. La tercera coalición, la primera que se forma después de su proclamación como soberano y que supone, después de la paz de Amiens con Inglaterra, un estado de guerra permanente con este país, finalizará solamente con su abdicación.

La batalla de Austerlitz es denominada *de los tres emperadores,* porque en la misma participaron tropas de Francia con Napoleón, de Austria con Francisco II, y de Rusia con Alejandro I. Los tres figuraban al mando de sus fuerzas.

Austria pone en pie de guerra a un ejército de 300.000 hombres; Rusia se compromete a enviar un cuerpo de ejército a Alemania, otro deberá desembarcar en Italia y otro unirse a los ingleses y con los suecos invadir Hannover, que había pertenecido al rey de Inglaterra, Jorge III.

Ante tal proyecto, que Napoleón conoce, se anticipa con un ejército de 235.000 hombres y avanza por Alemania camino de Viena, para lo cual ha necesitado solamente veinte días. El general austriaco Mack intenta detenerle cerca de Ulm, en espera de que se le unan los rusos. Napoleón le deja aislado, realiza otra maniobra envolvente para impedir que reciba ayuda, y Mack se rinde con 60.000 hombres y 200 cañones. Es el 20 de octubre de 1805; al día siguiente Nelson destruiría la flota franco-española en Trafalgar.

Para Napoleón solamente cuentan las campañas que realiza por tierra y no por mar, donde sabe que los ingleses son difícilmente vencibles. El mismo ejército que ha utilizado en esta campaña estaba preparado para invadir Inglaterra, por lo que se le denominó *Ejército de Inglaterra.* Pero realmente nunca pensó que tal operación pudiera llevarse a cabo, porque conocía la imposibilidad de dicha acción (11).

El desfile de los vencidos en Ulm dura cinco horas ante Napoleón y el ejército francés. El general Mack, que le entrega su propia espada, exclama: *He aquí al infortunado Mack.* Y los hombres de Napoleón, que le aclaman,

dicen: *El emperador ha encontrado otro modo de hacer la guerra, no con nuestros brazos sino con nuestras piernas.*

Mientras tanto, entre victorias de sus ejércitos y derrota de su armada, Napoleón realiza una pequeña invasión del territorio prusiano en Ansbach, lo que provoca las iras del rey de Prusia, Federico Guillermo III. Este, aunque no había entrado en la tercera coalición, comienza a hacer tentativas cerca de los aliados y firma con el zar de Rusia un tratado secreto en Potsdam el 3 de noviembre de 1805. Por él se compromete a alinearse con los rusos y austriacos si Napoleón no accede a sus exigencias de mediación.

Cuando estas buenas relaciones entre el rey de Prusia y el zar de Rusia se reafirman en una entrevista entre ambos soberanos, Napoleón avanza hacia Viena y conquista la ciudad, que abandona el emperador austriaco temeroso de que sea sometida a un bombardeo. Tras permanecer en el castillo-palacio de Schöenbrunn, Francisco II se retira hacia Moravia y se establece en la ciudad de Brünn. Allí propone a Napoleón un armisticio, pero el emperador francés sospecha que se trata de una maniobra para dar tiempo a la llegada del ejército ruso, y una imprudencia de los emisarios austriacos pone a Napoleón en la pista de los acuerdos secretos concluidos entre Prusia y Rusia. Napoleón decide enviar al general Savary a que solicite del zar de Rusia, en su nombre, una negociación. Alejandro I lo recibe y a su vez envía junto a Napoleón al príncipe Dolgoruky. Su altanería molesta tanto a Bonaparte que corta las negociaciones diciéndole: *Resolveremos nuestras diferencias por otros procedimientos.* Entiende Dolgoruky que Napoleón renuncia a la guerra, y así se lo comunica al zar, quien precipitadamente ordena el ataque.

La situación de los ejércitos está entre las ciudades de Brünn y Austerlitz; entre ambas, el río Goldbach y, en la orilla izquierda del mismo, la colina de Pratzen. El 29 de noviembre Napoleón abandona Austerlitz y hace creer al enemigo que se retira hacia Viena para que no le corten la retirada. Distribuye a su ejército de 74.000 hombres en posiciones adecuadas en la orilla derecha del Goldbach. No lejos de la colina de Pratzen hay un pequeño lago que está cubierto por una capa de hielo. Al dejar en poder del enemigo la colina, éste la ocupa con grandes fuerzas y se concentra para impedir a Napoleón que retroceda hacia Viena.

Es el 30 de noviembre y los rusos, al mando de Kutusov se concentran entre Pratzen y Telnitz. El lunes, 2 de diciembre de 1805, primer aniversario de la coronación de Napoleón en Notre Dame, Davout entretiene a los rusos en medio de luchas terribles. Napoleón espera el momento. Una niebla densa le cubre junto a sus tropas que se encuentran al norte. Al amanecer, un sol radiante —el famoso sol de Austerlitz— deshace las nieblas y muestra a los enemigos de Napoleón la verdadera situación de los ejércitos franceses. Soult se lanza al ataque de Pratzen, que es conquistada. Una batalla feroz, que dura cuatro horas, derrota a las tropas aliadas. Una segunda operación consiste en bajar hacia Telnitz y desde allí disparar sobre las aguas del lago helado en el que se hunden gran número de tropas. Al anochecer la victoria ha sido absoluta y todo se ha desarrollado como Napoleón había previsto (12).

Los austro-rusos pierden 27.000 hombres, 40 banderas y 180 cañones, mientras que a Napoleón le ha costado 8.000 hombres, de los cuales 1.300 muertos. Ni siquiera había utilizado sus tropas de reserva, y para vencer a un ejército de 90.000 le habían bastado 45.000 soldados.

William Pitt, primer ministro inglés, estaba pendiente del resultado de este enfrentamiento y cuando, durante una estancia en Bath, llega un correo que le da cuenta de esta derrota, exclamó mirando el mapa de Europa: *Enrolladlo, durante diez años no será necesario.* La tristeza se apoderó de él y agravó su enfermedad, y su mirada fue denominada *la mirada de Austerlitz.*

La paz de Presburgo que pone fin a esta coalición altera el mapa de Europa central, como la paz de Campo Formio alteró la situación de Italia. Si en esta última puso fin a la Serenísima de Venecia, acaba en Presburgo con el Sacro Imperio Romano Germánico constituido en 962 por Otón *el Grande.* Dos instituciones creadas hacía diez siglos desaparecían bajo Napoleón.

La guerra de España, no incluida como tal en ninguna de las coaliciones, a mitad de camino entre la cuarta y la quinta, tuvo comportamientos muy peculiares que la hacen por ello difícil de encuadrar. No obstante, Napoleón comprende la dimensión del error cometido con la invasión de España. La naturaleza de la misma, oculta y disimulada entre la aceptación y renuncia de Carlos IV, las maniobras de Godoy, la presencia inglesa en Portugal, el despertar de un sentimiento de ilustración entre los afrancesados españoles y la



reacción popular, impiden situar esta contienda en el mismo plano de las coaliciones que se forman contra Napoleón, o sus expediciones a Egipto o Rusia.

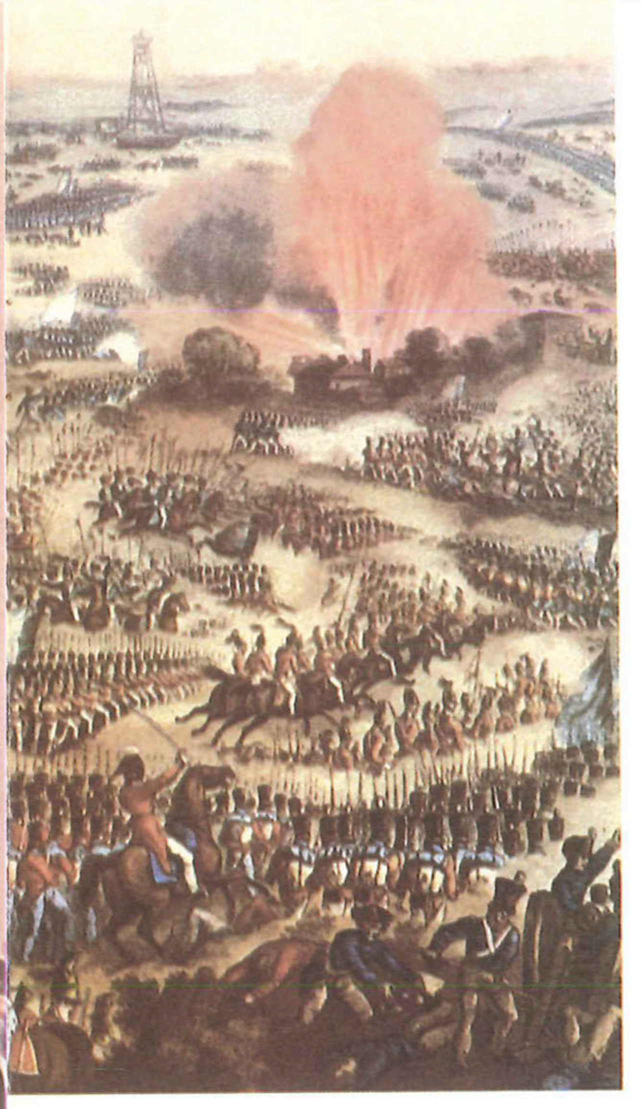
Conoció en España la primera importante derrota, pero lo cierto es que Napoleón no desconocía estas adversidades. Lo que le sucedió es que no midió bien el alcance de la misma y sobre todo la dimensión de la rebelión popular. Se encontró con dos procedimientos que no usaba: la guerra de guerrillas y la de sitios, como los de Zaragoza y Gerona.

La ejecución de tantos españoles, en Madrid durante el 2 de mayo y en otras ciudades, dio un carácter sangriento por exceso a la presencia francesa en España. En la ejecución de un anciano, éste exclamó: *Muero tranquilo; si cada español hace como yo, mi país está salvado.* Había dado muerte a varios soldados franceses, y su ejemplo fue seguido por muchos españoles (13).

Se convirtió en una guerra interminable, en la que hizo sus primeras armas el duque de Wellington, que luego había de ser el vencedor de Napoleón en Waterloo.

Waterloo

La derrota de Bailén, el 19 de julio de 1808, en que el general Dupont es vencido por el general Castaños, la falta de organización ante los descalabros, la dispersión de fuerzas y la impopularidad de su hermano José como rey de España dan un carácter insólito, en los procedimientos de Napoleón, a esta guerra. El 25 de octubre de 1808, en su discurso ante el legislativo dijo: *Dentro de pocos días marcharé a ponerme al frente de mi ejército, y con la ayuda de Dios coronaré en Madrid al rey de España y plantaré mis águilas sobre las torres de Lisboa.*





Batalla de Waterloo, 18 de julio de 1815. Derecha: *Napoleón en la derrota. Detalle de un retrato de 1815, a punto de ser deportado a Santa Elena (por P. Delaroche, Museo de los Inválidos, París)*

Llegó a Madrid, consiguió pasar por Somosierra, pero permaneció poco tiempo en España. La quinta coalición que se formó rápidamente le obligaba a regresar a sus permanentes campos de batalla en Europa central. No entendió la guerra de España, hecho tanto más incomprensible tratándose de un hombre nacido en tierras mediterráneas y de probada dureza en su espíritu de resistencia, como lo demostraron Paoli y sus seguidores, a los que él mismo imitó en su tierra natal. No le prestó la atención debida posiblemente porque no podía, le faltaban fuerzas para ello y creía que el centro de solución de los problemas estaba en otros frentes.

La otra cara del Imperio, la de su destrucción total, es Waterloo. En cierta ocasión, y durante una entrevista celebrada entre Mussolini y Curzio Malaparte, el *Duce* le preguntó al escritor: *¿Qué hubiera hecho usted si en vez de llamarse Malaparte se hubiera llamado Bonaparte?* La respuesta fue rápida: *Hubiera perdido en Austerlitz y ganado en Waterloo.* Napoléon hubiera podido ganar también en Waterloo sin perder en Austerlitz, si las deserciones, la derrota psicológica previa, el convencimiento de que era imposible continuar siempre así, estar constantemente en el campo de batalla, y las traiciones, no hubieran actuado sobre su ejército. Batallaba, por lo demás, en un territorio que no le era familiar. Bélgica era un comienzo o, si se prefiere, una continuación de Inglaterra en el continente. La extensa llanura al sur de Bruselas, con sus vastos horizontes, pequeñas colinas y ondulaciones; podía recordarle y hacerle sentir la ilusión de que se repitieran las circunstancias de Auster-

litz. Se enfrentaba contra ejércitos muy superiores al suyo, pero esto había sido lo habitual en las campañas de Napoleón. Su idea era lanzarse sobre el ejército inglés, mandado por Wellington, y el prusiano, cuyo jefe era Blucher, que estaban mal combinados entre sí y era posible dividirlos, y después lanzarse sobre el Rhin, contra los ejércitos austriacos y rusos. Los británicos contaban con 107.000 soldados, de los cuales solamente eran ingleses 37.000; los demás eran mercenarios alemanes procedentes de Hannover y de Brunswick, holandeses y belgas, con escasa caballería y artillería. Los prusianos contaban con 120.000 soldados. Napoleón contaba con 125.000 hombres.

Napoleón abandona París secretamente la noche del 12 de junio. Llega a Beaumont, desde donde da las órdenes de operaciones a realizar. La primera contrariedad es la deserción del general Bourmont, que se pasa al enemigo con todo su estado mayor. Comienza así una confrontación que dura desde el día 15, jueves, hasta el día 18, domingo, en que finaliza con la derrota de Napoleón. Una batalla con tal diversidad de tropas y de mandos, sin una coordinación precisa, y con una extensión de 150 kilómetros, tiene que dar lugar a las variadas sorpresas y enfrentamientos en los que es difícil conocer quién es el vencedor.

Para Napoleón, las marchas de Ney, las desapariciones de Gouchy son enormemente graves. Para los aliados la serena tranquilidad de Wellington, cuya táctica —los tratadistas coinciden en asegurar que no era un estratega— consiste en esperar y tener muy custodiado el camino que conduce a Amberes, posible salida de los ingleses en caso de retirada, es decisiva. Prácticamente todo el territorio del actual Estado belga es protagonista de esta deshilvanada batalla, en la que lo más importante es la variedad de tropas presentes, todavía más que el número, y el hecho de que es el símbolo de la caída definitiva de Napoleón, es su última batalla y de ahí su gran valor histórico.

El día 15 las tropas de Napoleón toman posiciones; Blücher permanece tranquilo; Wellington asiste al baile de la duquesa de Richmond, y dos generales del ejército holandés, a las órdenes del príncipe Guillermo de Orange, no cumplen las órdenes recibidas, felizmente para los aliados. Se trata de los generales Constant Rebecque y Perponcher.

Día 16: Ney, por orden de Napoleón, recibe la misión de observar a los ingleses, con 45.000 hombres a su mando. Napoleón, con 80.000, intenta atacar a Blucher y obtiene ciertamente la victoria de Ligny. Blucher estuvo asistido por Gneisenau, que le sustituyó en el curso de la batalla.

Ney, por su parte, en el confuso encuentro de Quetre-Bas, hubiera podido vencer a los ingleses, pero las idas y venidas del cuerpo al mando de Erlon, llamado sucesivamente por Napoleón y por Ney, y la imposibilidad de los ingleses de unirse a los prusianos, hubiera podido significar un triunfo para los franceses. Por el contrario es el comienzo de su derrota de los días siguientes.

Día 17: Los dos ejércitos, el de Wellington y el de Napoleón, pasan la jornada tomando posiciones y en pequeños enfrentamientos. Un vendaval seguido de lluvia deja inundado parte del escenario de la batalla y no será lo mejor para facilitar las maniobras.

Al final de la jornada, Napoleón desconoce prácticamente donde están los prusianos. Y Wellington se ha aposentado en las posiciones mejores para sus tropas: granja de Hougoumont, la de Haye-Sainte y Papelotte.

Día 18: Los enfrentamientos se suceden a lo largo de la jornada, y a primeras horas de la tarde Ney cree observar la retirada de los ingleses, lo que le impulsa a ordenar el ataque; fue el comienzo del desastre de la caballería francesa.

Tras otros encuentros e indecisiones, a las 7.30 de la tarde, Wellington, al ver retroceder a la caballería francesa, ordena el ataque general de todas las fuerzas aliadas. Los Granaderos y los Cazadores de la Guardia cubren la retirada hasta el final. Pocos escaparon al sacrificio, pero salvaron el honor. Ni una sola bandera con el águila imperial fue perdida.

Terminado el encuentro, Wellington hizo detener a sus tropas, agotadas; solamente Blucher ordenó perseguir al ejército vencido. Grouchy se enteró de la derrota al día siguiente. Lo que quedó del ejército francés se retiró a las orillas del Loira.

Las pérdidas en hombres, por parte de los aliados, se elevaron a 23.000, y por parte de Napoleón a 42.000 soldados. (14).

Napoleón y Europa

La Europa que conoce Napoleón está dividida entre los Estados que todavía pertenecen al antiguo régimen y la Francia revolucionaria, que él, heredero de la misma, ha encauzado en un gobierno autoritario y personal para or-

Arriba: *entrevista de Napoleón con Alejandro I de Rusia en Erfurth, 12 de octubre de 1808. Napoleón deseaba dividirse Europa con el zar ruso.* Abajo: *las tropas de Napoleón atraviesan la sierra de Guadarrama el 22 de diciembre de 1808; el fracaso en España fue uno de los determinantes del destino de Napoleón*

denar todas aquellas transformaciones que en ningún momento supondrán la vuelta atrás, pero tampoco significarán la anarquía revolucionaria.

Napoleón es perfectamente consciente de que la Revolución afectará a todos los pueblos de Europa y, de alguna manera, intenta realizar el gran cambio entre los viejos regímenes e instituciones por medio del establecimiento de su dinastía, que siempre podrá aportar, bajo su estricto mando, aquellos beneficios constitucionales y sociales que eviten las anarquías revolucionarias.

Esta es la verdadera y última causa de la necesidad y justificación de su Imperio, pero que, como tal, no puede ser aceptado pacíficamente por los Estados afectados y, por consiguiente, Napoleón tendrá que mantenerlo bajo el permanente estado de guerra.

El país más implacable en esta lucha es Inglaterra. Solamente ha habido un momento —el de la paz de Amiens en 1802— en que esta guerra conoció una tregua. Las razones de esta oposición eran varias y profundas. Tal vez la más decisiva era la unidad de Europa que Napoleón pretendía, lo que significaba algo que deshacía el principal principio de la política exterior británica, mantener la división de fuerzas en Europa, el equilibrio de poderes, siempre que no fuera el suyo.

Para llevar a cabo esta unidad que él consideraba imprescindible para la riqueza y supervivencia de los países europeos, pretendía la amistad de Rusia y dividirse el continente en dos grandes bloques: el oriental y el occidental, que Napoleón se reservaba para sí. En las entrevistas de Tilsit se puso de manifiesto esta imposibilidad cuando le negó al zar Alejandro la posesión de Constantinopla. Con Rusia le sucedió lo mismo que con Inglaterra, desaparecido Pablo I, que hubiera podido ser su aliado, asesinado en una conjura. La política del zar es siempre oscilante, pero en el momento decisivo siempre se inclina contra Napoleón.

Con respecto a Austria, el emperador Francisco II, a quien reduce a la condición de rey después de Presburgo y le quita el poder del Imperio Romano Germánico, se enfrentaba con un concepto que era totalmente contrario al principio de las nacionalidades defendido por sus ideales heredados de la Revolución. El Imperio austro-húngaro defendía la idea de mantener un gobierno que englobaba a diversos pueblos, diferentes en religión, lengua y raza. El canciller Metternich será la otra figura clave en la lucha contra Napoleón, pues encarna en su persona y actividad no sólo la vieja diplomacia europea, sino otra idea del poder. Embajador en Francia en 1806, aprovecha su misión para conocer detalles sustanciales de la vida de los Bonaparte y para ello le sirve su amistad con la hermana del emperador, Carolina.

Su idea de unidad europea estaba por encima de las aspiraciones de unidad soñadas tanto por Alemania como por Italia. A ninguno de los dos países dio satisfacción en sus aspiraciones, porque para él el gobierno de Europa debía ejercerse desde Francia, siendo París la primera capital de su Imperio, y Roma la segunda. Su suprema aspiración era dedicarse, cuando se estableciese y fijase su Imperio, en ejercer su arbitraje entre la gran causa de los pueblos frente a los reyes y administrar justicia tanto política como social. La riqueza de Europa formaba parte de su idea fundamental, en torno a la cual giró buena parte de sus acciones y de sus actos, como por ejemplo, la boda con la archiduquesa María Luisa de Austria, con la que pretendía unir el pasado y el futuro.

Ello le llevó al trasiego de reyes por Europa, a los cambios bruscos impuestos a los pueblos que difícilmente podían comprender el sentido de sus arrebatados propósitos. Con el deseo de imponer un nuevo orden destruyó con la misma precipitación el antiguo. Tenía prisa porque era difícil alcanzar con la sola vida de un hombre tales aspiraciones. Napoleón destruía instituciones que tenían más de diez siglos de existencia, y no podía imponer en pocos años otras organizaciones que, siendo más útiles, eran también no solicitadas.

En cualquier caso, siempre causará asombro lo que un hombre solo, con su voluntad, pudo movilizar y realizar en un territorio que conocía, por sus campañas, mejor que las calles de París. En aquella corte no tuvo realmente buenos servidores. Los más notables, o más famosos, Fouché y Talleyrand, le traicionaron después de servirle. Apenas le iban mal las cosas en los campos de batalla, como en Rusia, nacía en París una conspiración como la del general Malet. Una presencia más constante en su capital, como durante el Consulado, en que pudo llevar a cabo la transformación política y administrativa de Francia, le hubiera podido evitar algunas campañas.

Este fue uno de los Imperios más cortos y más gloriosos de la historia de Europa, del que todavía se viven bastantes consecuencias



Napoleón empieza a caerse tras las derrotas de España y Rusia (sátira antinapoleónica)

y se imitan algunos ejemplos entonces puestos en práctica.

Los padres de Napoleón, Carlos Bonaparte y María Letizia Ramolino, contrajeron matrimonio en 1764 y tuvieron trece hijos. Pertenecían a la pequeña nobleza y sus orígenes se remontan, para explicar su instalación en la isla de Córcega, al siglo XIII, en que su antepasado Guillermo Bonaparte, perteneciente a la facción gibelina, por su participación en las luchas contra los güelfos, fue declarado rebelde y exiliado de Florencia. Se instaló en una pequeña localidad genovesa, Sarzana, y sus familiares fueron notarios, alcaldes o consejeros de la Administración. Uno de sus descendientes, Francisco, emigró en el siglo XVI a Córcega y se instaló en Ajaccio.

La familia Bonaparte

Carlos Bonaparte estudió jurisprudencia en Pisa y obtuvo el puesto de asesor del tribunal de Ajaccio. Letizia Ramolino tenía ascendencia lombarda, y pertenecía a una nobleza de más categoría que la de su esposo.

Esta vinculación a Italia la reivindicó constantemente Napoleón. Cuando estudia en Francia, muchas veces se expresa en términos contra los franceses, y le confiesa a uno de sus pocos amigos: *Franceses, os he de hacer todo el mal que pueda.* Hipólito Taine, en sus *Orígenes de la Francia Contemporánea,* no dudará en afirmar que Napoleón amaba a Francia como un jinete puede amar a su caballo que le permite ganar carreras.

Napoleón dirá ya en días de mayor gloria: *Mi origen extranjero, contra el cual se ha intentado en Francia actuar contra mí, me ha sido muy beneficioso. Me ha servido para ser considerado como un compatriota de todos los italianos y ha facilitado mis éxitos en Italia.*

Cuando el Papa Pío VII tuvo que trasladarse a París para la ceremonia de la coronación, mientras los cardenales austriacos se oponían, los italianos le animaban a realizar el via-

je diciéndole: *Después de todo es una familia italiana que nosotros imponemos a los bárbaros para gobernarles. Así seremos vengados de los galos.*

Si bien parece claramente establecida la fecha del nacimiento de Napoleón el 15 de agosto de 1769, con lo cual hacía varios meses que la isla había sido ocupada por los franceses, existe una tendencia, no comprobada, por la que se mantiene que nació el 5 de febrero de 1768, cuando Córcega pertenecía todavía a Génova. Esto no contribuye a hacer más italiano a Napoleón o más corso de lo que era. Si hacia Génova siente, junto a los otros patriotas corsos, un sentimiento de desprecio por haber entregado la isla a Francia, hacia este país tiene una aversión profunda. No conoce el francés, ni habla bien el italiano, y utiliza el dialecto corso que tanto hará reír a sus compañeros de colegio en Francia.

Su padre, Carlos Bonaparte, después de haber luchado junto a Paoli para conseguir la independencia de la isla, con trece hijos que mantener y escasos recursos económicos, acepta la autoridad y hasta cultiva la amistad del gobernador de Francia cuando llega a la isla el conde de Marbeuf. Gracias a su apoyo es elegido diputado en representación de la nobleza corsa en los Estados Generales, y obtiene un beca para que su hijo Napoleón pueda estudiar en Francia.

Con este espíritu, con la formación militar en Francia, lo que le vincula a los hechos de la Revolución por las posibilidades que de aquella excepcional circunstancia puede obtener, Napoleón practica el sentimiento familiar propio de los mediterráneos. Asume, al morir su padre y por ser el hijo mejor situado, la organización de la familia que, al llegar a ser emperador, transforma en una auténtica estirpe dentro de la dinastía Bonaparte.

Los hermanos que disfrutaron la vida imperial de Napoleón fueron:

José, 1768-1844, casado en 1794 con Julie Clary, hija de un rico comerciante, prestó a Napoleón servicios de carácter diplomático antes de ser hecho rey de Nápoles en 1806, y en 1808 rey de España. Después de Waterloo se trasladó a Norteamérica bajo el nombre de conde de Survilliers. En 1832 se instaló en Londres con la esperanza de poder entrar en Francia, cosa que no consiguió. En 1841 fijó su residencia en Florencia, donde falleció el 28 de julio de 1844. Tuvo dos hijas.

Luciano, 1775-1840, contrajo matrimonio con Cristina Boyer en 1794. De espíritu revolucionario, se alinea al lado de los Robespierre y en 1795 es detenido y liberado por su hermano. Su gran personalidad hacía sombra a su hermano Napoleón, o por lo menos escapaba a su autoridad. Por su intervención en el golpe de Brumario pudo Napoleón alcanzar el poder. Pero como no conseguía someterle a su voluntad, durante los días del Consulado, le envió a Madrid como embajador, en 1800. Habiendo enviudado en dicho año contrae segundas nupcias con Alejandrina de Bleschamps Jouberthon, divorciada. Un encuentro entre los dos hermanos pone de manifiesto el carácter de ambos. Napoleón reprocha a Luciano su boda con una mujer que contrae segundas nupcias. Luciano le responde que lo mismo ha hecho Napoleón, con una diferencia a favor de Luciano: su mujer es más joven y no es una puta. Luciano no será rey, por lo que se establece en Roma en 1804, y después de la detención de Pío VII se traslada a los Estados Unidos. Pero, detenido por los ingleses durante la travesía, es conducido a Plymouth después de una estancia en Malta. En 1814 regresó a Roma y el Papa le concedió el título de príncipe de Canino. Durante los Cien Días volvió al lado de su hermano en apuros y después de Waterloo, y de haber intentado en vano hacer reconocer al hijo de su hermano como Napoleón II, se instaló en Viterbo, donde falleció el 29 de junio de 1840. Tuvo once hijos.

Elisa, 1777-1820, se casó en 1797 con el noble corso Félix Bacciochi. En 1805 su hermano le concedió el principado de Lucca y de Piombino y en 1809 obtuvo toda la Toscana, con el título de gran ducado. Gobernó con acierto y protegió las artes y la literatura. Después de la caída de su hermano se retiró a Bolonia y luego a Trieste, huésped de su hermana Carolina, viuda de Murat, y falleció en el castillo de Santa Andrea en agosto de 1820.

Luis, 1778-1846, se casó en 1802, por complacer a su hermano, con Hortensia, la hija de Josefina de Beauharnais, matrimonio que terminó en separación después de las infidelidades de su consorte. En 1806 fue designado por su hermano rey de Holanda, corona a la que renunció en 1810. Se dedicó a viajar y fa-

La familia de Napoleón. En la orla de este grabado popular y en sentido contrario a las agujas del reloj: María Letizia, la emperatriz Josefina, Eugenio Beauharnais, Hortensia Beauharnais (reina de Holanda), Jerónimo Bonaparte, Carolina Bonaparte, Luciano Bonaparte, José Bonaparte, Elisa Bonaparte, Luis Bonaparte, Paulina Bonaparte, Napoleón Bonaparte (el rey de Roma) y la emperatriz María Luisa (estampa popular de Nancy)


FAMILLE IMPÉRIALE.
N
JOSEPHINE IMPERATRICE
LA REINE CAROLINE
LUCIEN
N

lleció en Livorno en 1846. Tuvo tres hijos, y uno de ellos, Napoleón III, estableció el II Imperio en Francia después de haber sido elegido presidente de la II República. Casado con Eugenia de Montijo fue padre del príncipe imperial que murió en la guerra contra los zulúes en Africa.

Paulina, 1780-1825, se casó con el general Leclerc durante la ocupación de Milán por su hermano, en la primera campaña de Italia. Gozó del apoyo invariable de su hermano y, después de acompañar a su marido a América, en donde falleció víctima de la fiebre amarilla en Santo Domingo, contrajo matrimonio en 1803 en París con el príncipe romano Borghese. Dejó a su esposo en 1810 y se trasladó a París, de donde fue alejada por su hermano dada su enemistad con la emperatriz María Luisa. Se trasladó nuevamente a Roma y durante el exilio de su hermano en Elba fue a visitarlo. Intentó hacer lo mismo cuando se encontraba en Santa Elena, pero no lo consiguió. Falleció en Florencia.

Carolina, 1782-1839, casada con Murat, fue designada reina de Nápoles después de haber obtenido los títulos de gran duquesa de Berg y de Cléves. Tuvo cuatro hijos.

Jerónimo, 1784-1860, después del 19 Brumario entró a formar parte de la guardia consular, pasando después a la Marina. Obligado a viajar hasta Washington para escapar de la persecución de los ingleses, fue recibido triunfalmente y en 1803 se casó en Baltimore con una joven, Elisa Patterson, lo que le hizo caer en desgracia ante su hermano. De regreso a Francia obtuvo el perdón, pero también tuvo que aceptar la anulación de su matrimonio en 1805. Napoleón le hizo rey de Westfalia y le casó con Carolina de Württemberg. Después de formar parte de alguna de las expediciones de su hermano y de la derrota de Watterloo, tomó el camino del exilio bajo el nombre de príncipe de Montfort, viviendo en Trieste, Roma y Florencia. Regresó a París, y durante el II Imperio su sobrino le dio altos cargos. Nunca gozó de gran prestigio. Falleció en Villegenis (Seine et Oise) y dejó cuatro hijos de sus dos matrimonios (15).

Como miembros de la familia Bonaparte pueden considerarse Hortensia y Eugenio, hijos de Josefina de Beauharnais, a quienes Napoleón hizo, respectivamente, reina de Holanda y virrey de Italia.

Capítulo importante en la vida de Napoleón lo constituyen sus relaciones con las mujeres. Aunque nunca influyeron en su vida de gobernante ni de militar, adornaron su existencia y siempre sintió hacia las mujeres afecto, estimación o respeto.

En 1795, cuando contaba 26 años, Napoleón piensa así sobre París y sus mujeres: *Sólo las mujeres de aquí, entre todas las de la tierra, merecen llevar el timón... Una mujer ha de vivir seis meses en París para llegar a conocer cuánto le es debido y cuál es su imperio... Las mujeres de aquí, las más bellas del mundo, son lo más importante; ellas lo absorben todo.*

Las mujeres en la vida de Napoleón

Podrá parecer la opinión de un joven provinciano que se deslumbra en la contemplación de la capital de una nación a la que acaba de pertenecer desde su procedencia corsa. Probablemente le llaman la atención por ser tan distintas a las que ha conocido en su tierra natal, de la que el ejemplo de su madre constituye para él el lado heroico de la condición femenina. De madame Letizia sólo recibe lecciones de sobriedad y resistencia. De ella ha heredado el carácter y la firmeza. Y el carácter, como dice Eurípides, es el destino. *Era una cabeza de hombre sobre un cuerpo de mujer,* dirá de ella su hijo. Y Stendhal opinará: *aquella mujer rara, y se puede decir de un carácter único en Francia.*

Desirée Clary, cuñada de su hermano José, es su primer noviazgo. Impaciente Napoleón solicita de su hermano que obtenga el consentimiento y acelere el matrimonio. Pero en 1795, cuando tienen lugar estos hechos, Napoleón comienza a ser célebre después de su intervención en el 13 Vendimiario. Conoce a Josefina de Beauharnais y se casa rápidamente con ella. Al transmitirle la noticia a Desirée Clary, le contesta a Napoleón en estos términos: *¡Se ha casado usted! Me es imposible acostumbrarme a semejante idea que me mata.*

Con Josefina de Beauharnais vive Napoleón días de felicidad y gloria. Con ella se corona emperador, pero justamente esta situación y el no tener herederos del matrimonio con Josefina, plantean a Napoleón la idea del divorcio. Ella accede, después de alguna delicada resistencia, y lo justifica con esta declaración:

La emperatriz Josefina Beauharnais (por Pierre Paus Prud'hom, Museo del Louvre, París)



Me agrada dar a nuestro querido y augusto esposo la mayor prueba de afecto y devoción que jamás haya sido sobre la tierra. Consiento en la disolución de un matrimonio que se ha hecho incompatible con el bien de Francia. El príncipe Eugenio, hijo de Josefina, anotará: *las lágrimas del emperador en este momento, bastan para gloria de mi madre.*

Josefina vivirá hasta el fin de sus días en la Malmaison, residencia que ocupó desde el momento en que Napoleón comenzó a ocupar sus cargos públicos.

Napoleón había declarado desde el primer momento: *No quiero, en absoluto, en mi corte el imperio de ninguna mujer. Fueron ellas las que perjudicaron a Enrique IV y a Luis XIV, y mi misión es mucho más grave que la de esos príncipes. Los franceses se han vuelto más serios y no sabrían perdonarle a su soberano que tuviese con ostentación amigas y queridas oficiales.*

Napoleón las tuvo, pero con cierta discreción (16). Admiraba la belleza femenina y sentía admiración por los pies y las manos pequeñas: *Era lo primero en que se fijaba cuando estaba con una mujer, y si las manos o los pies le disgustaban solía decir: tiene las zancas canallas.*

Tras el matrimonio y divorcio de Josefina se casó con la archiduquesa de Austria, María Luisa, que le dio el soñado heredero, el Rey de Roma (17). *Este matrimonio* —escribe Driault— *asociaba la autoridad nueva del emperador Napoleón con la autoridad secular de los emperadores del antiguo régimen; parecía continuar la abdicación que el emperador de Austria había hecho del imperio de Alemania, después de Austerlitz; parecía que abandonaba en el emperador Napoleón la sucesión imperial o el imperio de Europa.* En junio de 1813, viendo a la familia de su esposa situada siempre al lado de sus enemigos, Napoleón confiesa: *Me he engañado y hoy me doy cuenta de la extensión de mi error.*

Otras mujeres figuraron en torno al emperador. Su hermana Paulina, casada con el príncipe Borghese, siempre fue su aliada fiel. Muchas relaciones femeninas pasaron fugazmente por su lado. Pero después de las dos esposas, a las que amó, como en el caso de Josefina, o respetó, como a María Luisa, Napoleón mantuvo un gran amor con la condesa polaca María Walewska. Ella le siguió a Viena y París, le visitó en la isla de Elba, le guardó gran fidelidad y algunos consideran que si se hubiera manejado con habilidad Napoleón se hubiera casado con ella después del divorcio de Josefina. Le dio un hijo en 1810, el futuro conde Walewsky y en 1816, viuda de su marido, el conde Walewsky, contrajo matrimonio con el conde Ornano, primo del emperador. Napoleón conoció la noticia en Santa Elena, y uno de sus acompañantes escribió: *El emperador había conservado siempre hacia la señora Walewska un cariño extremado y su naturaleza se resistía a admitir que quien él amaba pudiese amar a nadie más a él.* María Walewska murió en París el 15 de diciembre de 1817.

NOTAS

(1) El tema y debate de la guerra se había producido con toda su crudeza y enfrentado a los partidos nacidos al amparo de la Revolución. Durante la elaboración de la Constitución de 1791 y especialmente en el año 1792 en que, como dice Thiers, *la guerra había llegado a ser la gran cuestión del momento; era para la Revolución la de su propia existencia. Habiéndose trasladado sus enemigos al exterior, era preciso irlos a buscar y vencerlos.* Thiers, *Historia de la Revolución Francesa,* ediciones Petronio, Barcelona, 1973, vol. I, pág. 173.

(2) K. Marx, *Guerra y Revolución,* y los escritos de Lenin sobre la oportunidad revolucionaria, todos contemplan la guerra como un factor de ayuda inmejorable para hacer triunfar una revolución. En el caso de la francesa, esta precede a la guerra, pero son dos fuerzas inseparables; una arrastra a la otra, cualquiera que sea el orden del lugar que ocupe.

(3) Thiers, ob. cit. págs. 1345-6.

(4) La difusión del francés y de todo lo francés puede verse en esta actividad de José Bonaparte en Nápoles, donde hacía representar obras en francés *para hacer sentir a estos pueblos nuestra superioridad sobre los ingleses, los rusos y los demás pueblos que han conocido.*

(5) Su sistema militar revolucionó el que regía en Europa y la obra de Clausewitz, oficial prusiano, *De la Guerra,* se basó en la estrategia napoleónica.

(6) Hegel, en octubre de 1806, termina de escribir su *Fenomenología del espíritu,* y escribe a su amigo Niethammer, después de haber visto a Napoleón triunfante en Jena: *He visto al emperador, esta Weltseele (esta Alma del Mundo), cabalgar a través de la ciudad para hacer un reconocimiento. Se experimenta ciertamente un sentimiento prodigioso al ver a semejante individuo que, concentrado aquí, en un punto, montado sobre un caballo abraza el mundo y lo domina. En cuanto a los prusianos todo parecía inclinarse a su favor; la victoria de los franceses ha sido mérito exclusivo de este hombre extraordinario, que es imposible no admirar.*

(7) Napoleón le hizo rey de Suecia por haberse casado con su primera novia, Desirée Clary, cuñada de su hermano José.

(8) Este espíritu de ofensiva logró imponerlo a los militares y ganó las guerras de la Revolución. Después de Thermidor se produjo el *terror blanco* y en la insurrección del *1.º Prairial* (20 de mayo), un realista, en la Con-

Napoleón con su hijo. Como en la estampa de la familia de Bonaparte, el rey de Roma aparece representado como un joven de catorce o dieciséis años, cuando realmente su padre sólo le conoció de muy pequeño


NAPOLÉON ET SON FILS.



Arriba: *Napoleón en Santa Elena, donde pasó los últimos años de su vida.* A la derecha: *la muerte del emperador el 5 de mayo de 1821, a los 51 años de edad (Museo de Francia de Ultramar, París)*

vención, solicitó que se arrestase a Carnot. Le salvó la defensa de un diputado que exclamó: *Carnot ha organizado la victoria.*

(9) *Si parezco siempre dispuesto a responder a todo, hacer frente a todos, es que... lo he meditado largo tiempo y he previsto lo que puedo hacer,* explicaba Napoleón.

(10) Hay dos batallas con este mismo nombre de Aboukir. La primera tiene lugar el 1 de agosto de 1798, por la que Nelson destruye la flota francesa en la rada de Aboukir. La segunda, el 11 de julio de 1799 Napoleón triunfa sobre los turcos manejados por los ingleses que al mando de Sidney Smith desembarcan en Aboukir. El valor y el talento de Napoleón hace que el triunfo francés se imponga. Arrastrado por la admiración que la dirección y mando de Napoleón significa, el general Kleber, le dice estas significativas palabras a Napoleón: *General, sois grande como el mundo.*

(11) La flota francoespañola estaba al mando del almirante francés Villenueve. Condenado por un consejo de guerra, fue a parar a la cárcel, donde se suicidó. Nelson murió en la batalla y el almirante español Churruca también.

(12) El escritor ruso Tolstoi escribió su novela *Guerra y Paz* tomando como modelo esta campaña. Indeciso entre escribir sobre los dos hechos que consideraba más importantes en la historia de Rusia durante el siglo XIX, estas campañas contra Napoleón o las luchas de la inteligentzia, dedicó solamente un capítulo a este problema en su novela *Los Decembristas,* que no llegó a terminar, y se decidió por el drama de la guerra, que resultaba más napoleónico.

(13) V. en textos y documentos la carta de un soldado italiano.

(14) En la actualidad, Waterloo es un conjunto de monumentos que recuerdan de una y otra parte la batalla que allí tuvo lugar. Probablemente el más llamativo es el dedicado al príncipe de Orange, sobre el lugar en que fue herido. Un cono artificial de tierra, de una altura de 40,5 metros y un diámetro de 169, rematado por la estatua de un león, recuerda su presencia. Las granjas son hoy museos y un pequeño edificio circular contiene, en descripción panorámica, la situación de los ejércitos que tomaron parte en la batalla.

(15) V. David Stanton, *I. Bonaparti (Storia di una famiglia),* ediciones Mursia, Milano, 1967.

Chaptal, de una forma excesivamente radical, y no sé si exacta en todos los pormenores, dice que Napoleón no sentía afecto por su familia: *Ha sido por vanidad por lo que él la ha elevado, sin ningún tipo de reconocimiento por ninguno de los individuos que la componían ni por afecto hacia ninguno de ellos. Era insensible a los desbordamientos de sus hermanas más que cuando se envilecían en sus amores. Frecuentemente hablaba con desprecio de sus hermanos.*

(16) V. Federico Masso, *Napoleón y las mujeres,* editorial Centauro, México, 1944.

(17) Más tarde duque de Reichstadt, vivió casi como un prisionero en la corte de su abuelo en Viena, después de la primera abdicación del Emperador. Posteriormente no le fue permitido ver a su padre, ni siquiera lo consiguió durante los Cien Días. Murió muy joven y fue enterrado en Viena; durante la ocupación alemana de París, Hitler trasladó sus restos mortales para colocarlos junto a los de su padre el 15 de diciembre de 1940. Napoleón había dicho: *Preferiría ver a mi hijo en el Sena antes que en las manos de los enemigos de Francia.*



Bibliografía

Anderson, P., *El Estado absolutista,* Madrid, Siglo XXI, 1979. Artola, M., *Los afrancesados,* Madrid, Turner, 1973. Aymes, R., *La guerre de l'Independence espagnole,* París, Bordas, 1973. Bergeron, L., *L'episode napoleónien. Aspects interieurs, 1799-1815,* París, Seuil, 1972. Bertaud, J. P., *Le Premier Empire,* París, P.U.F., 1973. Courau, R., *Historia de Alemania,* Barcelona, Luis de Caralt, 1966 (2 vols.). Droz, J., *Europa, restauración y revolución,* Madrid, Siglo XXI, 1979. Duroselle, J. B., *Europa, de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales,* Barcelona, Labor, 1978. Fernández, A., *Historia contemporánea,* Barcelona, Vicens Vives, 1976. Garraty, J. y Gay, P., *La edad de las revoluciones,* Barcelona, Brugera, 1981. Godechot, *Europa y América en la época napoleónica,* Barcelona, Labor, 1969. Hearder, H. y Waley, D. P., *Breve historia de Italia,* Madrid, Espasa Calpe, 1966. Hobsbawm, E., *Las revoluciones burguesas, 1789-1848,* Madrid, Guadarrama, 1964. Juretschke, *Los afrancesados en la guerra de la Independencia,* Madrid, 1962. Lanfrey, P., *Historia política de los papas,* Barcelona, Producciones Editoriales, 1976. Pabón, J., *Las ideas y el sistema napoleónicos,* Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1944. Parker, R. A. C., *El siglo XIX,* Madrid, Siglo XXI, 1978. Ramos Oliveira, A., *Historia de Alemania,* México, F. C. E., 1972 (2 vols.). Remond, R., *Introducción a la historia de nuestro tiempo,* vol. I, Barcelona, Vicens Vives, 1979. Segur, Ph., *La derrota de Napoleón en Rusia,* Barcelona. Círculo de Amigos de la Historia, 1969. VV. AA., *Guerra y paz en tiempos de revolución, 1793-1830,* vol. IX de *Historia del Mundo Moderno,* de Cambridge, Barcelona, Ramón Sopena, 1970. Vilar, P., *Quelques aspects de l'occupation et de la resistence en Espagne en 1794 et au temps de Napoleon,* Bruxelles, Université Libre, 1968. Weil, G., *La Europa del siglo XIX y la idea de nacionalidad,* México, Uteha, 1961.

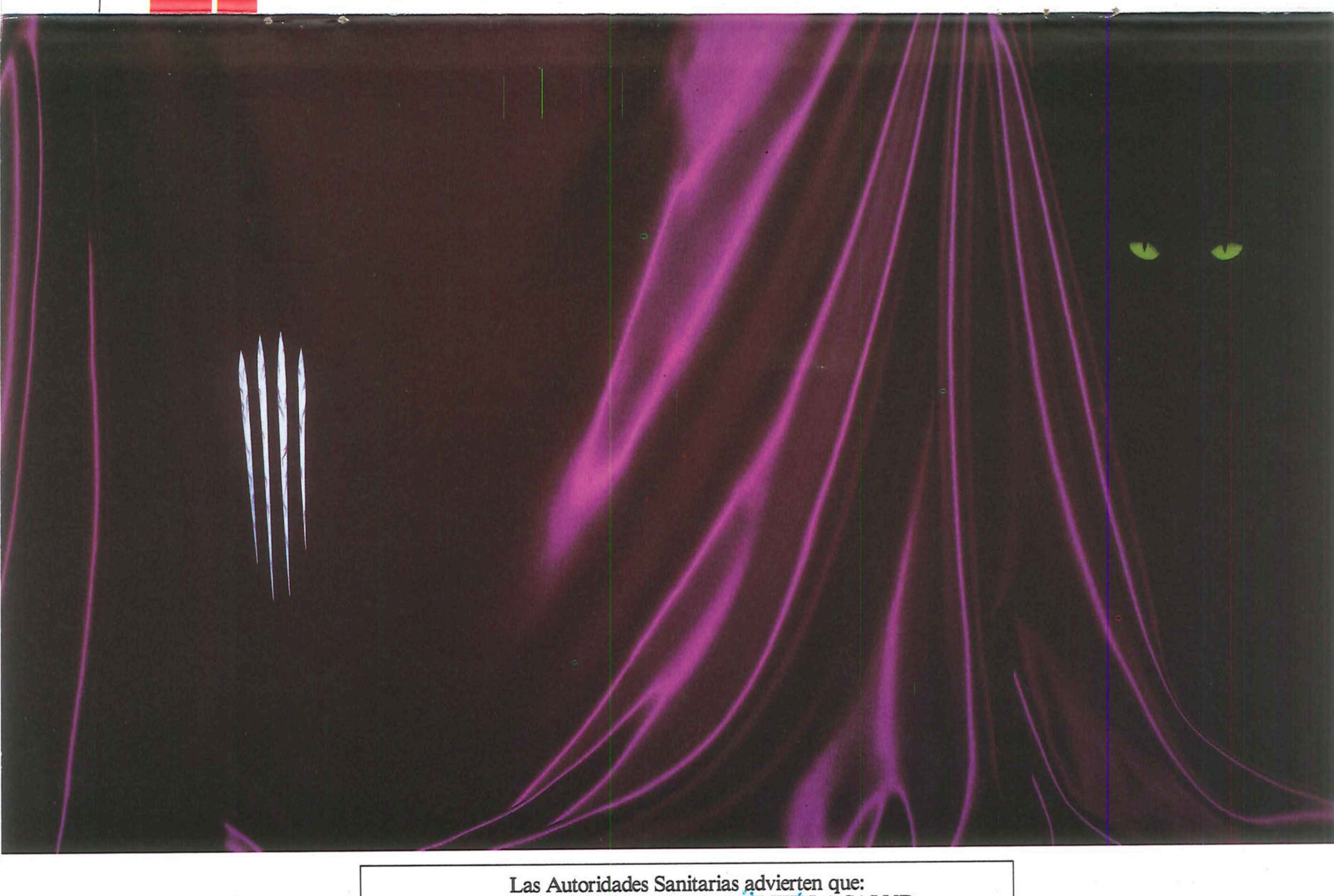
CUADERNOS
historia 16

101: El mito de El Dorado. • 102: El Califato de Córdoba. • 103: Las legiones romanas. • 104: Las guerras del opio. • 105: Los monasterios medievales. • 106: Las Olimpiadas. • 107: Las multinacionales en América Latina. • 108: La Inquisición en España. • 109: Las nuevas fronteras. • 110: La España de Santa Teresa de Jesús. • 111: Vida cotidiana en Roma (1). • 112: Vida cotidiana en Roma (2). • 113: Mapa étnico de América. • 114: De Indochina a Vietnam. • 115: Los caballeros medievales. • 116: Los viajes de Colón. • 117: El trabajo en el Egipto antiguo. • 118: La España de Espartero. • 119: La Inglaterra victoriana. • 120: Pestes y catástrofes medievales. • 121: Los afrancesados. • 122: España en el Pacífico. • 123: Comercio y esclavitud. • 124: De Lenin a Stalin. • 125: La Reforma en Inglaterra. • 126: El sufragio universal. • 127: Mitos y ritos del mundo clásico. • 128: Los campesinos medievales. • 129: Vida cotidiana en el Siglo de Oro (1). • 130: Vida cotidiana en el Siglo de Oro (2). • 131: Los movimientos ecologistas. • 132: La Semana Trágica. • 133: Sudáfrica. • 134: La pena de muerte. • 135: La explotación agrícola en América. • 136: Templos y sacerdotes en Egipto. • 137: La primera revolución agrícola del XVIII. • 138: La esclavitud en el mundo antiguo. • 139: Descubrimientos y descubridores. • 140: Las Cruzadas. • 141: Pericles y su época. • 142: Antiguos comerciantes del Mediterráneo. • 143: Conquista y colonización de Valencia. • 144: La ciencia en la España musulmana. • 145: Metternich y su época. • 146: El sistema latifundista en Roma. • 147: Los Incas. • 148: El conde duque de Olivares. • 149: Napoleón Bonaparte (1). • 150: Napoleón Bonaparte (2). • 151: El cristianismo en Roma. • 152: Sevilla y el comercio de Indias. • 153: Las reducciones jesuíticas en América. • 154: Carlomagno (1). • 155: Carlomagno (2). • 156: Filipinas. • 157: El anarquismo. • 158: Conflictos sociales en la Edad Media. • 159: La trata de negros. • 160: Felipe V y Cataluña. • 161: El imperio turco. • 162: La visión de los vencidos en América. • 163: El sufragio y movimientos feministas. • 164: La I República española. • 165: Africa. Explotadores y explotados. • 166: Puertos comerciales en la Edad Media. • 167: Calvino y Lutero. • 168: La Institución Libre de Enseñanza. • 169: Adiós a la esclavitud. • 170: Cantonalismo y federalismo. • 171: La Toledo de Alfonso X. • 172: La «hueste» indiana. • 173: El movimiento obrero. • 174: Los pronunciamientos. • 175: El nacimiento de las Universidades. • 176: Nasser y el panarabismo. • 177: La religión azteca. • 178: La Revolución Francesa (1). • 179: La Revolución Francesa (2). • 180: La Revolución Francesa (3). • 181: Líbano, el conflicto inacabable. • 182: Los campesinos del siglo XVI. • 183: La Armada Invencible. • 184: La revolución de 1848. • 185: José Bonaparte. • 186: La ruta comercial del Camino de Santiago. • 187: Australia. • 188: El caciquismo en España. • 189: La colonización romana en Andalucía. • 190: Pedro I el Cruel. • 191: El Egipto de Ramsés II. • 192: La emigración a las Indias. • 193: La vida cotidiana en la Edad Media. • 194: Luchas sociales en la antigua Roma. • 195: El canal de Panamá. • 196: Las Universidades renacentistas. • 197: España y la Primera Guerra Mundial. • 198: Los bárbaros en el Imperio Romano. • 199: La España de Carlos III. • 200: Los palestinos.

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel y José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Dolores García. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avenida del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Teléfono (94) 435 77 86.
IMPRIME: TEMI.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-096-1. Tomo 15.
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.





Esta Navidad descubra un Año Nuevo.



Batalla de Somosierra, en 1808

Napoleón Bonaparte (y 2)

Textos

CUADERNOS
historia 16

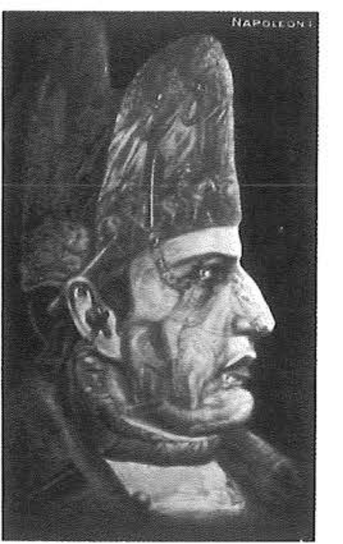
Bonaparte y César

GUERRA *y política,* he aquí dos campos de gloria en los que Bonaparte ejerce una gran superioridad por sus posibilidades y por su carácter; no es que me interese como a los aduladores atribuirle esta fuerza nacional primitiva que nace con la Revolución y que, indomable bajo los jefes más mediocres, les valió tantos triunfos a los grandes generales; o que yo quiera olvidar cuándo y por quién fueron conseguidas la mayor parte de las conquistas que han fijado los límites de Francia; sino que entre tantos capitanes que han revelado la gloria de nuestras armas, no hay ninguno que pueda presentar un tan brillante conjunto de éxitos militares. Nadie, después de César, ha puesto de manifiesto esta prodigiosa actividad de cálculo y de ejecución que, en un momento determinado, le aseguraron a Bonaparte la ventaja sobre sus rivales. *(SAINTE-BEUVE, «Oeuvres».)*

Un hombre del Renacimiento

ARQUITECTO, propietario y principal habitante, desde 1799 a 1814, él ha construido la Francia moderna; jamás un carácter individual ha marcado con tal fuerza una obra colectiva.

Desmesurado en todo, y lo que es todavía más raro, no solamente no se le puede alinear sino que está fuera del conjunto; por su temperamento, sus instintos, sus facultades, su imaginación, sus pasiones, su moral, parece fundido en un molde aparte, fraguado en otro metal que el de sus conciudadanos y contemporáneos. El no es, ciertamente, ni un francés, ni un hombre del siglo XVIII; pertenece a otra raza y a otra época: al primer golpe de vista, se advierte en él al extranjero, al italiano y algo más, algo más, más allá de toda similitud o analogía...



Napoleón Bonaparte; en su rostro y tricornio, escenas militares en la vida del general (tarjeta postal de comienzos de siglo)

Si se contemplan de cerca los contemporáneos de Dante y de Miguel Angel, se advierte que se diferencian de nosotros por el carácter todavía más que por el espíritu. Trescientos años de policía, tribunales y gendarmes, de disciplina social, de costumbres pacíficas y de civilización hereditaria han amortiguado en nosotros la fuerza y el fuego de las pasiones nativas; ellas permanecen intactas en Italia en tiempos del Renacimiento: había entonces en el hombre pasiones más vivas y más profundas que hoy, deseos más vehementes y desenfrenados, voluntades más impetuosas y tenaces que las nuestras; cualquiera que haya sido en el individuo el motivo de su impulso, orgullo, ambición, celos, odio, amor, envidia o sensualidad, este resorte interno se disparaba con energía y se desbandaba con una violencia que han despararecido. Todo esto reaparece en Napoleón, este prodigioso superviviente del siglo XV; el juego de la máquina nerviosa es el mismo en él que en sus antepasados italianos; no existió jamás, ni siquiera en los Malatesta y los Borgia, un hombre más sensitivo y más impulsivo, capaz de tales cargas y descargas eléctricas, en el que el huracán interior fuese más continuo y creciente, más frecuente en iluminaciones y más irresistible en las descargas. En él, ninguna idea era especulativa y pura: nada es una simple copia de lo real, o un sencillo cuadro de lo posible; cada cosa significa una sacudida interna que, espontáneamente y de forma inmediata, tiende a transformarse en acto; cada idea se lanza y se precipita hacia su fin, y lo conseguiría sin descanso si no estuviese contenida y reprimida por la fuerza. *(H. TAINE. «Orígenes de la Francia contemporánea».)*

Un sentido social e igualitario

BAJO un cierto aspecto Napoleón era un emperador sansimoniano. Alcanzado el poder supremo por su superioridad intelectual, premiaba la preparación y tenía como fin el bienes-

tar físico y moral de la clase más numerosa y más pobre...Su ejército era una jerarquía cuyos puestos de honor estaban ocupados por el mérito personal y por la capacidad de cada uno. *(HENRI HEINE, «De la France», 1932.)*

Permanencia de Bonaparte

CUANDO Napoleón abandonó la Malmaison camino de La Rochelle para entregarse a sus enemigos, abandonaba lentamente, y con sentimiento, sus recuerdos y la escena del mundo. No se alejará de la memoria humana más que con la misma lentitud, y todavía se escucha, a través de los años, de las revoluciones y de los rumores extraños, los pasos del Emperador que desciende del otro lado de la tierra para ganar nuevos horizontes. *(JACQUES BAINVILLE, «Napoleón».)*

Napoleón y sus generales

NAPOLEON estaba siempre en guardia contra la ambición de los generales y el descontento del pueblo; estaba ocupado permanentemente en sofocar una y prevenir el otro. Se le ha visto, en todo momento, mantener la mayor reserva con los generales: les mantenía a gran distancia de él; apenas les dirigía la palabra y solamente para cosas indiferentes. Ellos no conocían las órdenes más que en el momento en que iban a ser ejecutadas. Si se habían distinguido, él se limitaba a decir que habían cumplido con su deber.

De esta manera, con la excepción de dos o tres que le habían conocido en su juventud y que conservaban hacia él una cierta libertad, los otros se le acercaban temblando, y nunca pudieron decir que habían tenido con él un momento de libertad.

Jamás he sorprendido al Emperador haciendo el elogio de un general, y frecuentemente le he oído criticar crudamente tanto su poco talento como su mala conducta. Con frecuencia, hablando de los mariscales, repetía:

«Estos se creen imprescindibles y no saben que tengo cien generales que pueden reemplazarlos.»

Acostumbrado a hacerlo todo él, mirarlo todo él, no estimarse más que a sí mismo, Napoleón paralizaba todo lo que le rodeaba. No quería otras glorias más que la suya. No creía en otro talento más que en el suyo.

El general Gouvion Saint-Cyr se presentó un día por la mañana en las Tullerías. El Emperador le dirigió la palabra con un tono tranquilo:

Napoleón.—General ¿llega usted de Nápoles?

El general.—Sí, Sire, he cedido el mando al general Pérignon, que vos habéis enviado para reemplazarme.

Napoleón.—¿Habrá recibido, sin duda, permiso del ministro de la Guerra?

El general.—No, Sire, pero no tenía nada que hacer en Nápoles.

Napoleón.—Si en el plazo de dos horas no ha tomado el camino de Nápoles, antes del mediodía será fusilado en la llanura de Grenelle.

El Emperador hacía más caso de la sumisión que del talento. He aquí por qué el mariscal Berthier ha vivido a su lado durante veinte años, sin que esta relación haya sido alterada por ninguna nube.

Después de Berthier fue Duroc el que obtuvo el mayor grado de confianza de Napoleón. Era un hombre nulo, pero devoto silencioso, las dos únicas cualidades que le han mantenido en el favor imperial hasta su muerte. *(CHAPTAL, CONDE DE CHANTELOUP, en BURNAT, DUMONT y VANTY, «Le dossier Napoleon».)*

Al ejército de Italia, 27 de marzo de 1796, Niza

SOLDADOS, estáis desnudos y mal alimentados: el Gobierno os debe mucho pero no os puede dar nada: vuestra paciencia y el valor que habéis manifestado en medio de estas rocas son admirables, pero no os procuran ninguna gloria, ningún esplendor os afecta. Yo os conduciré a las más fértiles llanuras del mundo. Ricas provincias y grandes ciudades caerán en vuestro poder; allí encontraréis honor, gloria y riqueza. Soldados de Italia ¿os faltará el coraje o la constancia? *(NAPOLEON.)*

Al ejército de Italia, 26 de abril de 1796

SOLDADOS, habéis obtenido en quince días seis victorias, conquistado 21 banderas, 55 piezas de artillería, varias plazas fuertes y tomado la parte más rica de Piamonte: habéis hecho 15.000 prisioneros, matado o herido a más de 10.000 hombres.

Os habéis batido hasta hoy por rocas estériles, ilustradas por vuestro coraje, pero inútiles a la patria; habéis igualado hasta hoy, por vuestros servicios, al ejército de Holanda y del Rin. Desprovistos de todo, todo lo habéis suplido. Habéis ganado batallas sin cañones, atravesado ríos sin puentes, realizado marchas forzosas sin calzado, vivaqueado sin aguardiente y frecuentemente sin pan. Las falanges republicanas, los soldados de la libertad eran los únicos capaces de soportar lo que vosotros habéis soportado. ¡Gracias os sean dadas, soldados! La patria agradecida os deberá su prosperidad; y si, vencedores de Tolón, presagiábais la inmortal campaña de 1793, vuestras victorias actuales presagian otras más hermosas todavía. Los dos ejércitos que hasta hace poco nos atacaban con audacia, huyen espantados ante vosotros; los hombres perversos que se reían de vuestras miserias, y se regocijaban en sus pensamientos por el triunfo de vuestros enemigos, están ahora confundidos y temblorosos.

Pero, soldados, no habéis hecho nada con lo que todavía os queda por hacer. Ni Turín, ni Milán son vuestras. ¡Las cenizas de los vencedores de Tarquino son todavía pisoteadas por los asesinos de Basseville!

¿Se dice que hay entre vosotros un coraje que desfallece y que algunos preferirían regresar por las cumbres de los Apeninos y de los Alpes? No, no puedo creerlo. Los vencedores de Montenotte, de Millesimo, de Dego, de Mondovi, arden en deseos de llevar más lejos la gloria del pueblo francés. *(NAPOLEON.)*

Carta de un soldado del ejército francés en España. 20 de junio de 1809, Valladolid

MI queridísima madre y querido tío:

Os escribí hace dos meses pidiendo me informéis del estado de vuestra salud; en cuanto a mí, estoy bien, por el momento. Deseo que la presente carta os encuentre igualmente bien. Querida madre, he de decirte que es la tercera carta que os mando sin recibir respuesta, no he recibido ninguna carta fechada el 6 de marzo en Brzeg (Silesia), y el dinero que me habéis enviado lo he recibido antes de salir de Brzeg. Querida madre, he de decir que hemos hecho un largo camino: del 8 de septiembre hemos caminado hasta el 21 de diciembre, llegando a la ciudad de Zaragoza, en España, donde hemos sufrido mucho. Hemos permanecido dos meses y medio en el asedio de Zaragoza, en donde el servicio era muy duro: teníamos un día de guardia y otro de trabajo, haciendo trincheras para protegernos y aproximarnos más a la ciudad. Os diré que los días que combatíamos, como estábamos en las tricheras, no teníamos muchas pérdidas. Hemos tenido alguna batalla en las que hemos perdido mucha gente, pero con todo esto se han rendido los asediados. Creo que tenemos que comenzar en breve otro asedio;

os diré que estamos en un país donde son muy bárbaros; si un pobre soldado no puede mantener la marcha y se retrasa permaneciendo a la distancia de un cuarto de legua, los campesinos lo asesinan inmediatamente.

Hazme saber si mis hermanas están bien y lo mismo mis hermanos, mi primo y su mujer de Varenne; muchos saludos a Pradat y a su mujer, sin olvidar a mi madrina y mi padrino y a toda su familia. Nada más que añadir; he terminado. Os abrazo de todo corazón...

Jacques Chanteloube

(De M. BENDISCIOLI, «Documenti di storia moderna», Mursia, 1971.)

Causas de su fracaso

EL Emperador fracasó por dos causas:

1ª, El amor que sentía hacia las gentes mediocres, después de su coronación.

2ª, La predilección por su papel de Emperador antes que por el de general en jefe. La tarde que precedió a la jornada del 18 de junio de 1813 en Leipzig, la dedicó a su papel de Emperador: se ocupó en dictar órdenes para España, y no los detalles de la retirada del día siguiente, que fracasó por falta de organización. Berthier, como de costumbre, no había previsto nada, ni atrevido a tomar ninguna iniciativa. Por ejemplo, un oficial de ordenanza del Emperador hubiera podido tener el mando del puente del Elster y hacerlo saltar en el momento oportuno.

En Leipzig, un ejército de 150.000 hombres fue destruido por otro de 300.000; no hay en ello ni arte ni táctica.

El ejército de 150.000 hombres estaba compuesto por jóvenes soldados, muertos de cansancio, y mandados por generales gastados y fatigados, quienes obedecían ellos mismos a un hombre de talento, pero más preocupado por su Imperio que por su ejército.

El hombre que mandaba el ejército contrario, hombre amable en sociedad, era estúpido para dirigir un ejército y, además, turbado por la presencia de dos soberanos que, a cada momento, presionados por sus cortesanos, intervenían para corregir las faltas que le veían cometer. La impericia absoluta del amable príncipe Swarzemberg y el desorden que como consecuencia de ello existía, permitían creer que si hubiera tenido como general al del ejército de



Cuatro mariscales de Napoleón: Bernadotte, Davout, Léfebre y Berthier (grabado popular francés de comienzos del siglo XIX)


Sombrero de Napoleón

Italia, ocupado únicamente de su misión, el ejército francés se hubiera salvado. Pero para ello hubiera sido necesario un jefe de Estado Mayor activo, capaz de algunas combinaciones y que se hubiera atrevido, en caso necesario, a tomar la responsabilidad de medidas secundarias; en una palabra, lo contrario de Berthier.

Nosotros le vimos en esta época, como un hombre totalmente pasado, demasiado ocupado, al igual que su señor, de su condición de príncipe, temiendo comprometer los privilegios, demasiado cortés en la forma de su correspondencia. Este príncipe estaba de tal manera cansado que cuando se le iban a pedir órdenes, se le encontraba frecuentemente sentado en su sillón, con los pies apoyados en su mesa y silbando, por toda respuesta: no se le conocía otro movimiento, a esta alma desprovista de toda actividad, más que una aversión profunda hacia los generales que mostraban carácter y energía, actitudes cada día más raras en el ejército. ¿Es necesario declarar que no existía ningún tipo de bravura? Todos eran valientes y se sabe que los generales faltos de energía en su profesión y que tienen miedo de comprometer su reputación si hacen avanzar a un batallón, creen poder suplir lo que les falta por una gran temeridad personal.

Si el Emperador gustaba de rodearse de chambelanes de formas elegantes, suministrados por el arrabal Saint-Germain, el príncipe Berthier tenía una evidente predilección por los jóvenes oficiales que afectaban poseer una elegancia en su indumentaria y que conocían profundamente todos los matices de la etiqueta.

Se puede afirmar que el príncipe Berthier ha sido la causa directa de por lo menos la mitad de los males del ejército francés, a partir de la batalla de Eylau, en donde, por su culpa, un cuerpo de ejército no hizo nada (el cuerpo del general Bernardotte).

La fatiga de una cabeza cansada produce frecuentemente, en las marchas, embotellamientos de tropas en las mismas rutas, en las ciudades, y causa desórdenes terribles que nos alejan más y más de los habitantes del país, casi siempre buenos y amables. *(STENDHAL, «Napoleón».)*

Otra opinión sobre Napoleón

NAPOLEON ha rehecho la moral del pueblo francés, ésta es su gloria más cierta.

El es el hombre más grande que ha existido en el mundo después de César.

El fue nuestra única religión... Nosotros hemos cometido después infidelidades con esta religión, pero en todas las grandes circunstancias, así como la religión católica lo ha hecho por sus fieles, ella ha fijado su imperio en nuestros corazones.

Hoy día, en 1837, los campesinos y el bajo pueblo de todos los países civilizados de Europa han comprendido finalmente que la Revolución Francesa tendía a hacerles propietarios, y ha sido Napoleón quien les ha dado esta educación. *(STENDHAL, «Napoleón».)*

El adiós a la vieja guardia. Fontainebleau, 20 de abril de 1814

SOLDADOS de mi vieja guardia, quiero despedirme de vosotros. Desde hace veinte años siempre os he encontrado en el camino del honor y de la gloria. En estos útlimos días, como en los de mi prosperidad, siempre habéis sido ejemplos de bravura y de fidelidad. Con hombres como vosotros nuestra causa no estaba perdida, pero la guerra sería interminable. Esto hubiera significado la guerra civil y Francia hubiera sido muy desgraciada. He sacrificado todos mis intereses a los de la patria. ¡Me voy! Vosotros, amigos

míos, continuad al servicio de Francia. Su felicidad es mi único pensamiento; será siempre objeto de mis deseos. No temáis por mi suerte. Si he aceptado sobrevivir ha sido por servir todavía a vuestra gloria. Escribiré las grandes cosas que hemos realizado juntos.

Adiós, hijos míos, quisiera estrecharos a todos sobre mi corazón, abrazaré al menos a vuestro general. Acérquese, general Petit, que os estreche en mis brazos. Que me acerquen el águila, que también la quiero besar. ¡Ah, querida águila, que el beso que yo te doy pueda resonar en la posteridad!

¡Adiós, hijos míos! Mis votos os acompañan siempre.

Conservad mi recuerdo.

(En las filas de la vieja guardia figuraban los vieilles moustaches *y los famosos* grognards, *que lloraban sin poder contener la emoción, de la que se contagió el propio Emperador.) (NAPOLEON.)*

Llamamiento de Napoleón a bordo del Bellerophon, el 4 de agosto de 1815

PROTESTO solemnemente desde aquí, ante la faz del cielo y de los hombres, contra la violencia que se me hace, contra la violación de mis derechos más sagrados, disponiendo por la fuerza de mi persona y de mi libertad.

He venido libremente a bordo del *Bellerophon,* no como prisionero sino como huésped de Inglaterra. He venido por mi voluntad y ante la instigación del capitán que debe tener órdenes del gobierno de recibirme y conducirme a Inglaterra con mi séquito, si este era mi deseo.

Me he presentado de buena fe para ponerme bajo la protección de las leyes. Tan pronto como he puesto pie en el *Bellerophon* estaba bajo el amparo del pueblo británico. Si el gobierno, al dar las órdenes al capitán del *Bellérophon* de recibirme así, al igual que mi séquito, ha querido tenderme una trampa, una emboscada, ha faltado al honor y manchado su pabellón.

Si tal acto se consuma, en vano los ingleses pretenderán en el futuro hablar de su lealtad, de sus leyes y de su libertad, la fe británica se habrá perdido en la hospitalidad del *Bellerophon.*

Apelo a la historia; podrá decir que un enemigo que hizo durante veinte años la guerra al pueblo inglés acudió libremente, en su infortunio, a buscar asilo al amparo de sus leyes, ¿y qué mayor prueba pudo dar de su estima y de su confianza? ¿Y cómo responde Inglaterra a tal magnanimidad? Finge tender una mano hospitalaria a este enemigo y, cuando este se entrega de buena fe, ella lo inmola. *(NAPOLEON.)*

Europa sin Bonaparte

EL inmortal Emperador estaba un día sobre una colina contemplando cómo siete pueblos se estrangulaban entre sí. Como todavía no sabía si llegaría a ser el dueño del mundo o solamente de la mitad, Azrael, que pasaba por el camino lo cogió por el extremo del ala y lo llevó hasta el océano. Al ruido de su caída las potencias moribundas se levantaron de sus lechos de dolor y extendiendo sus ganchudas patas las reales arañas dividieron Europa y de la púrpura del César se hicieron un traje de Arlequín.

Estos hombres del Imperio, que tanto habían recorrido y matado, abrazaron a sus delgadas mujeres y les hablaron de sus primeros amores; se contemplaron en las fuentes de sus praderas natales y se encontraron tan viejos, tan mutilados, que se acordaron de sus hijos a fin de que pudiesen cerrar sus ojos. Preguntaron donde estaban y los niños salieron de los colegios y no viendo ya más sables, ni corazas, ni soldados, ni caballeros, preguntaron a su vez donde

estaban sus padres. Se les contestó que la guerra había terminado, que César había muerto, y que los retratos de Wellington y de Blücher estaban colgados en los despachos de los consulados y de las embajadas, con estas dos palabras al pie: *Salvatoribus mundi.*

Entonces apareció sobre un mundo en ruinas una juventud preocupada. Todos estos jóvenes tenían gotas de una sangre ardiente que había inundado la tierra; habían nacido en el seno de la guerra y para la guerra. Habían soñado durante quince años en las nieves de Moscú y el sol de las Pirámides. No habían salido de sus ciudades pero se les había dicho que más allá de las mismas se iba a una capital de Europa. Tenían todo un mundo en la cabeza; contemplaban la tierra, el cielo, las calles y los caminos; todo estaba vacío y las campanas de sus parroquias resonaban solas en la lejanía. *(MUSSET, «Las confesiones de un hijo del siglo».)*

Napoleón a caballo (xilografía de Epinal)

